

Patricia Esteban Erlés



Manderley en venta
y otros cuentos


PÁGINAS DE ESPUMA

D.J.57

MANDERLEY EN VENTA Y OTROS CUENTOS

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS



Patricia Esteban Erlés, *Manderley en venta y otros cuentos*
Primera edición digital: septiembre de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-647-4

© Patricia Esteban Erlés, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L.,
2019

Colección Voces / Literatura 281

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*Nos hemos demorado en las estancias del mar,
junto a las ondinas coronadas de algas pardirrojas,
hasta que nos despiertan voces humanas, y nos ahogamos.*

T. S. Eliot

*De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo.
Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y
quizá descortés revelarle que era un fantasma, un hermoso fantasma.*

Jorge Luis Borges

UNA Y OTRA

Ambas saben de la existencia de la otra, y no porque él se haya molestado en sentarse a hablar del tema para aclarar algunos puntos, como quizás sería deseable, sino porque las dos son mujeres guapas, listas y sin escrúpulos. Son tan guapas como él, y por eso le miraron y él las miró a ellas en sendos bares nocturnos, donde resplandecían como satélites mientras el resto de los mortales se conformaba con pedir una copa o sortear las quemaduras de cigarrillos ajenos. Son guapos los tres, de eso está seguro él, que para algo tiene espejos hasta en el techo, y ellas, que saben de sí mismas lo guapas que son y que cada vez que lo miran a él piensan lo muy guapo que les parece. No dudan de que su adversaria será igual de guapa, aunque esperan que no lo sea más, pero como no pueden estar seguras de eso y además de guapas son listas, ninguna de las dos cejará en el empeño de mejorar su aspecto físico. Hacen pilates y yoga, que siempre imprime un halo espiritual, una especie de luminosidad facial, un no sé qué que queda murmurando cuando pasan por la calle y los coches pitan y se asoman a sus ventanillas innumerables bustos de hombres, petrificados de puro deseo.

Las dos, decir lo contrario sería faltar a la verdad, visten de maravilla y poseen una espléndida tez. También una magnífica cabellera oscura, cada una la suya, se entiende, que flota como espoleada por un ventilador invisible, dotando a sus andares del *tumbao* inconfundible de esas mujeres que habitan un videoclip eterno. Eso, lo de la inflamada cabellera rival, también lo intuyen ambas, porque han encontrado algún que otro cabello de su contrincante atrapado en el peine del cuarto de baño, cabello que Una y Otra se han arrancado a posta y han enredado entre las púas con un gesto malicioso.

Las dos son mujeres de bandera, universitarias, de buena familia,

bebedoras moderadas, comedoras ocasionales y amantes insaciables, sin escrúpulos. Por eso lo someten a largas maratones sexuales, cada una a las suyas, se entiende, y él, que al principio se tiene por un macho privilegiado, acabará sintiéndose exhausto, algún tiempo después. Se queda pensativo después de cada *round*, y cuando ellas se evaporan en medio de una estela de perfume camino de sus respectivos despachos, no puede por menos que empezar a preguntarse si no estará equivocándose con ese estilo de vida tan desenfrenado que lleva. No hay día que se despierte solo, pero tampoco hay dos mañanas en que lo haga acompañado de la misma mujer, y eso, quieras que no, agota lo suyo. Con el tiempo la situación empeora y poco a poco va dejando de considerarse a sí mismo un macho premiado por la naturaleza, guapo, potente y encantador, para empezar a preguntarse cómo es que su vida ha adquirido tintes de tragedia: él es el héroe magullado que amanece lleno de rasguños y con el miembro escocido, asustado; él quien debe soportar cada día los embates de un monstruo de dos cabezas, de dos melenas tentaculares, negras como ala de cuervo, que le azotan el rostro y le impiden hasta respirar.

Mientras, las dos mujeres, que ahora anotan en una libretita de carísima piel, cada una en la suya, se entiende, todos los datos que van recabando acerca de su formidable rival invisible, no aciertan a atisbar siquiera el proceso de desintegración emocional que él experimenta en paralelo. Una sabe que Otra es más desordenada que ella, porque nunca cuelga en la percha el albornoz blanco que ambas usan en días alternos al salir de la ducha, lo cual la sume en una violenta crisis nerviosa cada vez que sucede. Incluso se plantea deslizar una nota en el interior del bolsillo, para pedirle a su adversaria que tenga un poco de consideración y no deje el albornoz desmayado de cualquier manera en el gresite del baño, dado que no es la única que lo utiliza. Otra sospecha que la fortuna familiar de Una es mayor que la suya porque se ha encontrado bajo la almohada un anillo maravilloso, con una enorme gema de color morado engarzada en oro blanco que debe de costar un riñón. Es consciente Otra de que Una es más rica que ella porque se ha dejado queriendo un objeto tan valioso, con el único fin de que ella se lo tropiece en su camino. Eso la pone frenética, tira la joya por la taza del váter, y llevada por un impulso casi suicida decide dejarse algo olvidado ella también, así que se va sin bragas por la mañana. Una encuentra el precioso tanga negro bordado con cristalitos de Swarovski entre las sábanas aquella

misma noche, comprueba que es de una talla inferior a la suya y se enfada tanto que se abalanza sobre su amante y le echa tres polvos seguidos, sin mediar palabra. Ni aun así logra calmarse, pero al menos consigue dormir un poco, mientras él, con los ojos inyectados en sangre y el corazón medio paralizado en el centro de su antaño magnífico pecho de protometrosexual, solo acierta a confesarle al tipo con pinta de moribundo del Greco que le mira desde el techo que quiere morirse, de una puta vez. La historia tiene un desenlace más o menos previsible. Tras seis meses de guerra fría, Una y Otra se conocen tan bien que podrían ser la Misma. Buscan sus siluetas en las sábanas de la cama de él, olvidan prendas, joyas, hacen competiciones de orgasmos y escriben con lápiz de labios en el espejo el resultado de cada noche. Olfatean el aire y adivinan el perfume que utiliza la otra, buscan una esencia más persistente que la de su adversaria, se excitan cuando la encuentran y él piensa, por momentos, que está viviendo una pesadilla olfativa, que va a asfixiarse en medio de una nube de opio y tuberosa. Ambas sienten que el fin anda cerca, que pronto se sabrá quién es la más guapa, la más lista, la más sin escrúpulos... Una noche de viernes ambas deciden por su cuenta que esa es la noche y lo convocan, cual temibles oráculos. Las dos le llaman por teléfono en algún momento del día y le proponen una cita a él, que todo lo más querría seguir desparramado en el sofá de piel de cabra etíope. Una sabe que en puridad esa noche le corresponde a Otra, pero no está dispuesta a que su rival le robe ni una sola de sus veladas para la celebración del duelo. Lleva en sus venas la sangre de legendarios hombres de negocios y jugadores empedernidos de bacarrá que amasaron grandes fortunas porque no dudaron en enviar un sicario a medianoche a casa de su principal adversario o en hacer trampa descaradamente, si la ocasión así lo requería. Como sus ancestros, también ella decide invadir el espacio de su enemiga y jugar de farol, segura de que al final el triunfo será suyo. Otra, en cambio, proviene de un linaje de viudas negras, especialistas en conceder préstamos impagables a pequeños comerciantes venidos a menos, a los que contemplaron vagar desorientados y cada vez más débiles sobre la tela de araña que tejieron a su alrededor a base de réditos y gravámenes, hasta que todos ellos perecieron desangrados por los feroces intereses. Otra escucha a sus arácnidos genes cuando le susurran que lo más sabio es esperar, porque esa será, sin duda la primera noche de la larga vida que pasará junto a su amado.

Él suspira. Duda. Acepta por dos veces, se escucha vacilar al fijar una hora y pronuncia en dos ocasiones un *yotambién* casi interrogante, desvaído como el agua domesticada que languidece en los estanques de Monet. Cada vez que cuelga cierra los ojos, se dice que ha hecho lo correcto, que esa situación ya no puede prolongarse más, que sin duda esta decisión precipitará el fin cuando ambas se encuentren. Así es como las dos acceden al apartamento haciendo uso de su llave, cada una la suya, se entiende. Él las oye llegar, siente sus pasos mullidos sobre la alfombra Roche Bobois de color cáscara de huevo que recubre el pasillo. Una es el fantasma de Otra, Otra es el eco de Una, se dice. Las dos toman posiciones en la oscuridad de una esquina del dormitorio, él solo espera en el centro exacto de la cama. Ambas se dejan puestos los tacones y se entregan con fiereza al cuerpo del amante, lo hacen a oscuras, preocupándose tan solo de devorar al otro, de someterlo a su poder de hembras carnívoras y perfectamente depiladas. Quieren escuchar que han vencido y no se preocupan por nada más. Entre jadeos exigen que él se manifieste, que declare cuál es la mejor. Pero nadie contesta a su demanda, solo se escucha el tictac de diseño del reloj despertador, y cuando se incorporan para buscar a tientas el interruptor de la luz, descubren al otro lado de la cama a una fiera expectante, de cabellera morena y ojos que sangran rímel, a punto de saltar sobre su víctima.

DE CULOS Y MANZANAS

Para los amores fallidos, sin ellos no hay historias

Cuando Culo de Manzana me dejó llevé a cabo un dramático ejercicio de exorcismo para arrancarla de mi vida. Borré todos sus correos, rompí las cartas que me había mandado en sus fases de romanticismo más exaltado y eliminé nuestro perfil de la página de contactos donde nos habíamos inscrito en busca de nuevas experiencias. Sin embargo, confieso que no reuní el valor suficiente para deshacerme de las fotos que acompañaban nuestros escuetos datos de presentación (pareja de treinta años, atractiva, liberal...) y acabé pasándolas a un archivo del ordenador que se llamó culodemanzana.doc. Intuía que se acercaban tiempos muy difíciles para mí.

Para entonces, Culo de Manzana ya estaba con otro. Siempre pensé que la historia venía de antes, aunque cuando tuvimos ocasión de hablar de ello juró y perjuró que habían empezado a tontear por *mail* a últimos de octubre y que no se vieron en persona hasta cinco días después de la que para ella fue nuestra «bronca definitiva». Como si eso pudiera servirme de algún consuelo, no te jode. El caso es que me enteré muy pronto de los detalles de aquella devastadora relación, tanto más devastadora porque hasta bien entrado el mes de diciembre yo todavía albergaba la esperanza de una reconciliación gloriosa, como gloriosas habían sido todas las anteriores. Claro que antes no estaba él, tan alternativo, tan *cool*, tan ufano en su faceta de expendedor ambulante de entradas para los mejores estrenos teatrales y los conciertos de esos cantautores sexagenarios que a ella le chiflaban. El muy cretino tuvo que encontrar por casualidad el blog donde Culo de Manzana colgaba algunos de los relatos que nunca le premiaban en los modestos concursos locales a los que concurría, y dejar un ingenioso comentario cargado de oscuras

intenciones en uno de sus *posts* más flojos.

La primera noche se bebieron toda la cerveza de la calle Alfonso mientras hablaban como cotorras de la nueva poesía aragonesa y el cine mejicano de Buñuel, temas en los que él, modestamente, se autoproclamaba experto. Se enamoraron perdidamente y nadie en la ciudad dejó de saberlo: iban de la mano a festivales de cortos, al Rastro, a cenar en restaurantes de comida minimalista. Una buena amiga me contó que a mediados de diciembre se había encontrado a Culo de Manzana en la sección de complementos de El Corte Inglés, comprando un gorro de lana y unos guantes Thinsulate, porque, según le explicó, riendo alborozada, *qué locos estamos, maja, este chico es la pera*, se iban a Moscú a pasar el fin de año. Hace falta ser idiota.

Estaban en todos los conciertos de *La Campana*, en todas las exposiciones de *La Esfera*, en todos, absolutamente todos, los bares. Zaragoza se convirtió en una trampa gigante, por eso nunca me sentía seguro en ningún sitio y bebía nervioso mis cervezas, con los ojos puestos en la gente que cruzaba la puerta como si le debiera dinero a alguien que estuviera a punto de aparecer. Nunca paraba mucho tiempo en ningún garito y tenía un miedo atroz a encontrármelos de pronto, de frente, porque temía echarme a llorar como un crío. Aborrecía al tipo ese que me había borrado de su mapa, pero lo cierto es que a Culo de Manzana seguía amándola con la misma desesperación de siempre. Aunque no la vi durante todo aquel tiempo fui sabiendo, también por comentarios de amigos comunes, de la transformación física que se estaba operando en ella, *no la conocerías*, me decían. Cuando pregunté cuáles eran aquellos cambios me dijeron que ahora iba de rubia platino, que estaba más delgada y lucía minifaldas casi imperceptibles y botas de tacón alto. Otra buena amiga, rozando el colmo de la observación sádico detallista, añadió que hasta olía de forma diferente. Su nuevo perfume tenía notas cítricas, precisó, seguramente de mandarina, cedro y bergamota. Pero cómo, pensaba yo, desolado, si ella era de manzana.

Me sentía completamente perdido y no era para menos. La mujer a la que quería y con la que había pasado el último año y medio de mi vida se había desintegrado en menos de un mes. No había cadáver por el que llorar, en todo caso una Cyndi Lauper de provincias que cerraba todas las noches el *Zeta* del brazo de ese tío insoportable que siempre salía fumando en las fotos. ¿Que cómo lo sé? Pues porque busqué su nombre en el Google y la caja de los

vientos le vomitó a mi curiosidad insana varios cientos de entradas. Presentaciones de cortos cutres y documentales más cutres aún, decenas de premios que le suministraban sus amigos periodistas merced a sus pésimos relatos. Revistas poéticas que incluían los aforismos que pensaba en el váter y hacía con el culo. Crónicas de fiestas absurdas. Fotos. Fotos suyas en las que aparecía mirando a la cámara desde diferentes ángulos, mucho más flaco que yo, tocado con un ridículo sombrero de gánster o con boina de italiano neorrealista, vestido de negro y con el eterno Ducados colgándole como una baba del labio inferior. Pero lo peor vino cuando se me metió en la cabeza que ese tío me miraba a través del cristal como dándome el pésame. Aquello ya fue superior a mis fuerzas. Una noche salí de mi burbuja de alcohol e internet para encontrarme sentado frente al ordenador, escupiéndole a la pantalla la misma letanía, *Cabrónhijodeputadevuélvemela*, más y más alto cada vez. La vecina de al lado daba golpes en la pared y chillaba que iba a llamar a la policía. Había tocado fondo.

Intuía que ella se hallaba sumida también en su propio proceso de desmemoria acelerada, solo que con resultados mucho más satisfactorios. Supongo que por pura felicidad defenestró mi muñequito verde del *messenger* y puede, no lo sé, la verdad es que olvidé preguntárselo, que hasta borrara mi móvil de su agenda. Lo cierto es que por mucho que miré la pantalla de cuarzo líquido, nunca recibí un mensaje suyo, ni siquiera para saber cómo estaba; todo lo mío había dejado de importarle, en una palabra, y a mí solo me quedaba consolarme con sus fotos.

En este punto de la historia debería explicar que Culo de Manzana odiaba las fotos normales porque decía siempre que salía horrorosa, como movida y desigual, *mira qué careto, decía, parece un reloj blando de Dalí*. No me dejó sacarle fotos en la excursión que hicimos al Monasterio de Piedra, ni tampoco en nuestro único viaje al extranjero, que fue un fin de semana largo en Londres para el puente de la Inmaculada. Pero cuando estábamos en la cama y yo desfundaba la cámara digital se operaba en ella una increíble transformación. Después de la catástrofe y de mi pérdida de fe en el universo entero, me refugié como un eremita en aquella colección de imágenes donde ella, menos mal, continuaba tumbada para siempre en mi cama, ella era ella aún, tan guarra a escondidas. Porque sacar la cámara y poner el culo en pompa era todo uno, y vaya culo, suspiraba yo cada vez que lo miraba, en la

vida volveré a encontrar algo así de prodigioso. No exagero si digo que había merecido los elogios de todos y cada uno de los candidatos a iniciarnos en el mundo de las orgías que habían contactado con nosotros, nadie decía nada de mi polla, ni siquiera de sus tetas, pero su culo, realzado con el tanga negro floreado o aquel otro de la mariposita de gasa lila, era el reclamo perfecto. Cómo disfrutábamos leyendo todos aquellos mensajes incendiarios, las odas a su culo de manzana.

La verdad es que viéndola vestida no podía imaginarse uno que poseyera semejante culo. Curiosamente, los vaqueros no le sentaban nada bien y por eso solía llevar faldas discretas que le disimulaban algo el perímetro de las caderas. *Soy caderona*, suspiraba desalentada cada vez que se miraba en los probadores, *qué le voy a hacer*. No tenía uno de esos culos que se llevan con ellos todos los ojos conforme van contoneándose por la calle, pero era porque no lo sabía. Culo de Manzana no había sido consciente de su poder antes de que yo llegara a su vida, jamás se había preocupado de moverse como merecía, fui yo, yo, quien le mostró el catálogo de posibilidades que ofrecía aquel tesoro. Por mi parte, me consideraba realmente afortunado, no dejaba de reconocer mi suerte y sentía que aquel culo era mi descubrimiento, casi me atrevería a decir más: era mi creación, porque yo lo adiviné casi a tientas la primera vez que nos acostamos y lo traje a nuestra vida en común como sacado a la superficie desde una ciénaga. Sucedió una de las últimas noches del mes de agosto en que empezamos a salir. Después de que se nos fuera la mano con la sangría en un italiano terminé acompañándola al piso que compartía con dos compañeras de curro. Me invitó a subir y echamos el consabido polvo urgente en su cuarto, de esos que ni fu ni fa, sin terminar siquiera de quitarnos la ropa. Ella me gustaba de verdad y para que la cosa no resultara tan fría la besé en los labios al terminar y le pregunté en voz baja si podía quedarme a dormir. Hacía un calor sofocante y mientras se desvestía de espaldas a mí pude ver a través de la persiana cómo se filtraba el reflejo intermitente de los coches que pasaban por la calle, trazando en su cuerpo un arabesco de líneas discontinuas y súbitas oscuridades que captaron mi atención, a pesar de la crisis étlica. Siguiendo con los dedos el ritmo de aquel baile de luciérnagas pude adivinar la maravilla. El conjunto de volúmenes y pendientes de Culo de Manzana fue surgiendo ante mis ojos y sin pensarlo extendí las manos para tocarlo como si yo mismo lo estuviera moldeando

para crear la pieza más perfecta de un alfarero inspirado, redondo y geminado en dos increíbles pomos que sobresalían, comprobé luego, adoptara ella la postura que adoptara. Le pedí que se pusiera a cuatro patas, y fue así, cuando ella se irguió ligeramente ebria, cómo aquella manzana gigante que remataba su cintura con la generosidad de un corazón apareció ante mis ojos, rindiéndome pleitesía y provocándome, como una esclava que antes hubiera sido prostituta y conservara la mirada turbia de otros tiempos, intuyendo que tal vez aún podía resultarle útil. Aquella fue la primera de muchas noches en las que me la follé dos veces.

Me encantaba ver cómo ella se crecía, consciente de su poder, cómo se tumbaba entre las sábanas arqueando el lomo y me lo ofrecía entero, redondo y simétrico, partido por el tanga en dos gloriosas mitades que recordaban a la manzana del cuento de Blancanieves. Yo, a mi vez, me tomé muy en serio la promoción virtual de su manzana y me pasaba horas ensayando los mejores encuadres, la distancia perfecta para fotografiarlo con toda la parafernalia que merecía. Su culo se convirtió en el centro de gravedad de nuestra relación, todo giraba en torno suyo. Ella estaba feliz porque se sentía hermosa, yo la amaba cada vez más, conforme se iba inventando a sí misma. Su culo le devolvía una imagen inédita de su cuerpo, ella salía de la concha de chica discreta en la que había permanecido siempre, limitada por su baja estatura y los rasgos irregulares de su cara, mientras que observarla, conocerla y tenerla se convertía en la pasión de mi vida. Culo de Manzana era un auténtico milagro.

Llegamos a inventarnos un lenguaje obsceno, a fuerza de acuñar el sinfín de metáforas groseras que nos inspiraba su jopo. *Voy a pelarte la manzana*, recuerdo que le solté yo una lluviosa tarde de domingo en cuanto me abrió la puerta, blandiendo ante sus ojos un paquete de *Gillette blue for woman*. *Te voy a dejar la manzana tan brillante que los pintores de bodegones se van a dar de hostias por pintarla*, le decía mientras le embadurnaba el culo con aceite esencial de aloe vera. Otras veces ella me pedía que le mordiera su manzanita, y yo cumplía órdenes, hasta que el culo se le ponía rojo Royal Gala. Por no hablar de cómo la sodomice con mi gusano hambriento, por dos veces, en un probador de El Corte Inglés, mientras le tapaba la boca con la mano. Aquel culo me inspiraba, yo me sentía poseído por mi faceta de artista porno hasta el punto de que en una ocasión lo fotografié rodeado de

manzanas de verdad, para que se viera que no existía punto de comparación posible. De hecho, ella posa con una Starking perfecta sobre la grupa en la que, a día de hoy, todavía es mi foto favorita. Podría pasarme horas mirándola. Culo de Manzana, con su pelo corto y su cuerpo casi adolescente tiene algo de novicia en la expresión y mira de soslayo a la cámara desde muy lejos, puesta a cuatro patas y con el rostro apoyado en la almohada. Me conmueve cada detalle de esa foto, hasta el simple hecho de distinguir la pulserita china de la suerte que solía llevar en su muñeca derecha, y que desapareció en la versión que publicaron los del servicio de contactos, lo mismo que sus ojos, tras la banda esa que les ponen a los menores y a los delincuentes y su tatuaje, supongo que por una simple cuestión de confidencialidad. Víctima de la costumbre, abría el archivo una y otra vez, varias cada día, y miraba la imagen sin darme cuenta del paso del tiempo, con los ojos clavados en la manzana roja que ella sostenía sobre su culo, como si fuera un llameante sagrado corazón al que necesitara encomendarme.

El invierno se acabó por fin y llegaron las soleadas mañanas de marzo. Justo en aquellos días conocí a una chica que paseaba a su perro por el parque en el que yo solía sentarme a leer los domingos, y a dos o tres más por internet. Fui tomando contacto con el mundo exterior a mi dolor, si bien de forma ralentizada, como si fuera un enfermo convaleciente de mi propia vida. Primero le di un beso fugaz a la dueña del pastor alemán junto a la fuente, luego me magreé furtivamente con una de las internautas en el cine, finalmente pasé una noche de hotel con otra, para volver al principio y decidir que Ana, la chica del parque, era la que más me gustaba. Empezamos a salir sin su mejor amigo y en estas andábamos cuando Culo de Manzana reapareció sin previo aviso, una noche de sábado.

Me pilló desprevenido. Ana tenía un examen el lunes en la escuela de idiomas y se había quedado en casa aquella noche, pero yo decidí en el último momento salir a tomar una cerveza con unos compañeros de trabajo y ya estaba arrepintiéndome y planeando una huida discreta cuando la vi de lejos a través de la barra, riéndose con un grupo de amigas. Durante un rato me costó recordar cómo se respira y, es muy probable, aún seguiría petrificado en el mismo sitio, con el bostezo congelado en la cara y aferrado a mi cubata, si ella no me hubiera descubierto mirándola. Llevaba un vestido estampado corto y bastante vulgar, pero estaba guapa, con el pelo

estudiadamente despeinado y los labios muy rojos. Conforme se iba acercando me sobrevino una portentosa erección que me hizo lamentar haber salido de casa esa noche, haberme levantado de la cama por la mañana, haber cometido el error de nacer. Tenía un nudo en la garganta, sentía un puño atenazando mi estómago y me temblaban las piernas cuando llegó a mi lado, pero todavía fui capaz de medio sonreír y darle dos besos. Procuré no apartar la vista de su cara, pero mis ojos querían irse cuello abajo, resbalarle en los pezones, agarrarla por las caderas, juntarla a mi cuerpo para aprisionar su culo con las manos hasta fundirla conmigo. Todo eso pensaba mientras le daba un par de insípidos besos y asentía con la cabeza a los pocos fragmentos de su exaltado saludo (québienquéalegríaquébienteveoquéta!) que lograban burlar el volumen disparatado de la música.

Celebraba una despedida de soltera o algo así y todas iban ya muy pedo. Ella también. Le olía el aliento a whisky, y pude percibir el jodido tufo a mandarina mezclado con el de tabaco y un sudor reciente. La deseé con ferocidad, al tiempo que hubiera querido apartarla de un empujón, tirarla al suelo y vomitarle encima, por todo el daño que me había hecho, por cómo me había borrado con un simple clic de ratón que para mí había supuesto la puta Hiroshima y se había montado una *vie en rose* con otro, que para colmo era un imbécil y un cantamañanas. Sentí ganas de salir corriendo para no patearle las tripas, pero no me moví de mi baldosa, porque justo entonces ella me preguntó si me iba a ir pronto a casa, *estas tienen para rato y a mí me están jodiendo viva los pies* y me encontré diciéndole que sí, que me estaba yendo desde hacía una hora, que la acercaba si quería.

Vale, gracias, pero ya no vivo en el mismo sitio, contestó, como si nada, y acto seguido empezó a contarme que con su chico muy bien, todo muy consolidado, para qué hacer el paripé de los cepillos de dientes y la ropa interior portátil, pudiendo estar juntos de verdad, bajo el mismo techo. Apenas cinco meses y ya cohabitaban, yo quería gritar, mi polla seguía aullando por ella. Entonces lo decidí, podía estrangularla o emborracharla, pero no dejarla marchar. Pedí dos copas más y acerqué una banqueta para que bebiera sentada. Contra todo pronóstico no protestó ni mostró asombro, quizá porque ni siquiera le di tiempo. *Aún es pronto*, dije, y acto seguido le pedí que me hablara de aquello, que me lo contara todo, que me dijera si era feliz. Intuía que a Culo de Manzana solo le interesaban dos cosas en el mundo,

estar con su chico o, en su defecto, hablar de él, así que se mostró encantada. *Pues es que ahora anda por Buenos Aires, de corresponsal en un festival de cine independiente, siempre liao, pero es su vida.* Y escuché paciente, y sonreí y pregunté, para enterarme de lo bien que les iba en la cama y fuera de ella, de la magia de su primer encuentro y el *amor fou* que era cada momento con él... Dos copas más y otras dos. Seis whiskys *on the rocks* en total, antes de salir casi arrastrándonos del garito, por eso ni se enteró de que acabábamos en mi casa. Solo un poco cuando empecé a besarla, entonces abrió los ojos y volvió a cerrarlos. La fui empujando hacia mi dormitorio sin sacar mi lengua de su boca, encendí la luz para no perderme ni un detalle, le levanté el vestido, la puse a cuatro patas en la cama y me estaba bajando la cremallera del pantalón con una mano y apartándole la braga con la otra cuando algo que vi me dejó muy parado.

Tenía el culo lleno de moratones. Moratones grandes y amarillentos que recordaban a las escamas atornasoladas de algunos pescados. Había también marcas rojas, cardenales con costra, pero eso no era todo. Lo peor eran las dos cicatrices alargadas a ambos lados de las caderas, que colgaban vacías como dos alforjas. *Qué te has hecho, qué te ha pasado,* le pregunté. *Pues qué va a ser, una lipo,* farfulló ella, me la ha regalado por el día de los enamorados, *no veas cómo me sientan ahora los vaqueros bajitos de cadera, si lo llego a saber fijo que me la hago antes. Claro que a ti te gustaba culona, ¿te acuerdas? No te asustes por las marcas, ayer me quité la faja por primera vez y se ve muy aparatoso, pero no me duele ni nada y en quince días no quedará rastro, anda, sigue, tonto.*

No repetimos ni dormimos abrazados. De hecho, por la mañana ella se despertó con el gesto torcido y se vistió con la mente puesta en otra cosa, probablemente en su chico. No dijo nada antes de salir, yo tampoco, y ni siquiera me pareció necesario acompañarla hasta la puerta. No tenía ninguna gana de verla de espaldas. *Adiós, Elena,* dije pronunciando su nombre real por primera vez en mucho tiempo, tanto que incluso me sorprendió su sonido, *adieu,* pensé volviendo ante el ordenador, que me recibió con un prolongado suspiro de farmacéutico cansado. En cuanto terminara de hacerme una paja le mandaría a Ana un mensaje de buenos días.

HISTORIA DE UNA BREVE ALMA EN PENA

A mi hermana Monse

Sentía que la tía Monsita me vigilaba con sus ojos tristes desde el retrato de la pared, cada vez que entraba en la alcoba de mi abuela para desearle las buenas noches. Por eso procuraba no mirar hacia la cabecera de la cama y salía de allí cuanto antes, aunque sabía que en ningún rincón de la casa lograría librarme de su presencia. Era difícil no pensar en Monsita, sobre todo teniendo en cuenta que mi abuela insistía, verano tras verano, en que ocupara su habitación. Yo no me atrevía a decir nada, pero me daba mucho miedo dormir en la misma cama donde la tía había agonizado, cuarenta años atrás. Además, siempre encontraba frías las sábanas de hilo al acostarme.

Mi padre me había contado muchas veces la historia de aquella tragedia, tantas que me sabía de memoria cada detalle. Sucedió la tarde del seis de julio de 1945. Como de costumbre, la tía Monsita estaba jugando con sus dos hermanos en el corral cuando, de pronto, empezó a quejarse de dolor de tripas. Acababan de merendar y la abuela pensó que se trataba de un simple empacho porque, desobedeciendo sus órdenes, los tres se habían atiborrado de ciruelas verdes, recién cogidas del árbol. Les echó una buena reprimenda y mandó a Monsita a la cama sin cenar, pero por la mañana no había signos de mejora y al tomarle la temperatura descubrió, alarmada, que la niña tenía las mejillas ardiendo. Mandó al hijo de unos vecinos a casa del doctor, pero la esposa de este le dijo al muchacho que había tenido que desplazarse al amanecer a una aldea cercana para asistir en un parto complicado, y que a la vuelta le daría el aviso. El médico tardó más de siete horas en acudir a casa

de mis abuelos y cuando llegó encontró a Monsita sumida ya en pleno delirio. Poco pudo hacer, aparte de diagnosticar una peritonitis aguda, recetar paños húmedos para la frente de la enfermita y mandar llamar al párroco. Mi padre todavía recuerda cómo su hermana no cesaba de gritar que se estaba quemando por dentro y pedía agua a gritos, mientras un corro de vecinas vestidas de negro rezaba por ella en el pasillo y mi abuelo se emborrachaba en la tasca del pueblo. La abuela no habría de perdonar nunca a su marido y no volvió a dirigirle la palabra. Por eso cuando el abuelo murió (de puro aburrimiento, dice mi padre) ni siquiera se molestó en guardar luto: ella se tenía por viuda desde el mismo día en que vio morir sola a la niña de sus ojos.

Tras la muerte de Monsita, la abuela se dedicó a honrar su memoria en cuerpo y alma, sin acordarse apenas de que aún le quedaban dos hijos en pantalones cortos. Ambos crecieron cada vez más distanciados de ella y abandonaron tan pronto como pudieron la casa, ya convertida en museo del breve paso de su hermana por la Tierra. Se marcharon aliviados a estudiar a la ciudad, donde posteriormente encontraron trabajo y fundaron sus propias familias; pocos años después nacieron mis dos primos mayores y a continuación llegué yo, que ostenté el dudoso honor de ser la única chica de entre todos los nietos de la abuela.

Sospecho que ella vio en mí la única oportunidad de tener una niña cerca que le quedaba, porque apenas una hora después del parto se presentó en la habitación del hospital, exigió ser mi madrina e intentó sobornar a mi exhausta madre para que me bautizara con el nombre de Monsita. Pero afortunadamente mi padre, muy en su papel de eterna oveja negra, se negó en redondo a cumplir aquel deseo y alegó que una niña pequeña no tenía que cargar con el nombre de una muerta, sobre todo si el nombre en cuestión le parecía horroroso.

Recuerdo que siempre sentí un miedo cerval hacia mi abuela, que me escabullía por instinto de sus abrazos y que temía como ningún otro niño que yo haya conocido la llegada del verano. Me aterraba su extrema delgadez de esqueleto, su peinado inmóvil, el diente de oro que centelleaba en uno de los laterales de su boca cada vez que sonreía. Nada escapaba a sus ojos, y yo lo sabía mejor que nadie, puesto que todos los meses de julio se convertía en mi carcelera.

Año tras año se repetía la misma historia: para Navidades nos recordaba con una de sus sonrisitas que yo debería pasar unos *días* de veraneo en la casa del pueblo. Tener a la niña cerca le hacía bien, decía, la aliviaba de haber perdido a su pimpollo en lo más tierno de la infancia... Así que la víspera del uno de julio mi madre se ponía a hacer mi escueto equipaje con un suspiro, metiendo en nuestra única maleta la ropita nueva (dos vestiditos de tirantes, un par de pantalones cortos, varias mudas y unas sandalias) que me había comprado para la ocasión.

Nunca me atreví a decirle que mis cosas iban a parar de la maleta al armario de mi cuarto en cuanto llegábamos a casa de la abuela y que solo salían de allí para ser empaquetadas de nuevo, el día antes de regresar a casa. *Yo tengo ropa mucho más bonita para ti, linda, ya verás, esta puedes ponértela a la vuelta*, me explicaba con una de sus sonrisas postizas. Luego se iba un momento a su habitación y la oía trastear con su manajo de llaves antiguas. Suspiraba al escuchar sus pasos acercándose por el pasillo, y la veía regresar a mi lado, cargada con un fardo de prendas infantiles.

Chaquetitas de punto con botones de nácar descascarillados para las tardes en que refrescara, vestiditos de nido de abeja y volantes que crujían. Lazos de raso y horquillas con pequeñas flores de tela mustia para el pelo, calcetines de perlé egipcio y merceditas de charol negro para calzarme, espantosas y enormes bragas de ganchillo..., cada año era lo mismo: un decadente ajuar en miniatura parecía brotar del armario de nogal por generación espontánea y yo ya sabía que a partir de entonces venía cuando la abuela me disfrazaba de niña años cuarenta y, como sin querer, se olvidaba de mi nombre. Los días que estaban por venir yo me llamaba Monsita.

Por eso me subía cabizbaja al 850 granate de mi padre e insistía en dejarme el pelo suelto durante el viaje. Sabía que volvería tres semanas después apestando a colonia y con unas trenzas tan apretadas que a la fuerza se me pondría cara de mongólica, así que me pasaba todo el trayecto pegada a la ventanilla, sintiendo cómo el aire me golpeaba en la cara y me alborotaba el flequillo.

En cuanto a la casa del pueblo, solo puedo decir que hubiera resultado bonita de no ser por toda la tristeza que había quedado atrapada entre sus paredes. Era un edificio de tres plantas, que siempre se me antojó fantasmal, como un caballero elegante que nunca se hubiera recuperado de una gran

tragedia y permaneciera de espaldas al mundo. En cuanto cruzabas su umbral se adueñaba de ti una implacable melancolía, que parecía flotar en el ambiente igual que el perfume de violetas de mi abuela. La casa siempre estaba en sombras y no se oía un alma, porque mi abuela no encendía nunca la televisión Vanguard en blanco y negro y no tenía radio.

Aquellos días de julio los pasábamos solas las dos. Mis padres trabajaban y mis tíos y primos se marchaban a veranear a Peñíscola, así que nadie de la familia se enteró nunca de que yo me convertía en un mal remedo de mi tía Monsita y recorría como un pequeño fantasma el pasillo en sombras, contando los rosarios de mi abuela que adornaban las paredes y recitándome para mis adentros los materiales que se habían empleado en su fabricación, (este es de pétalos de rosa, este de huesecitos de oliva, este de cuentas de cristal de roca, este de porcelana rusa, este de azabache negro...). También me entretenía contemplando al melancólico Jesucristo con cara de actor de cine y corazón llameante que parecía mirar siempre en dirección a la ventana, o contando los dedos y las bocas de las personas que salían en la reproducción del Guernica que mi tío colocó en el salón a pesar de la reticencia de mi abuela, que hubiera preferido ver colgada en la pared una cosa más agradable y colorida, algo como *La gallinita ciega* de Goya, en lugar de ese celemín de monigotes horrorosos en blanco y negro. Después de comer hojeaba las vidas de santos que había en el revistero de la salita china (llamada así por los dos jarrones y el tapiz de inspiración supuestamente oriental que la adornaban) deseando hacerme mártir y morir apedreada por un ejército de negritos paganos, o bien dormía la siesta para aburrirme menos rato.

No había juguetes a mi alcance, y la abuela no me dejaba ni acercarme a las antiguas cuadras habilitadas como trastero, donde mi tío guardaba su colección de números atrasados de Pen-House. Allí yacían también, bajo custodia, algunos pequeños tesoros que en vida habían pertenecido a Monsita. En ocasiones mi abuela entraba a por algún bote de cristal vacío para hacer conserva, y yo conseguía escabullirme y mirar en el interior de aquel desván maravilloso, donde olía a papel viejo y todavía, o eso me parecía a mí, un poco a paja seca. En el centro de la estancia, colocadas sobre una mesa, improvisado altar, comadreaban varias peponas de porcelana ajada y se erigía la casa de muñecas con la que a día de hoy aún sigo soñando,

abierta en canal como una granada. Tres pisos de ambiente victoriano, repletos de mueblecitos lacados, con suelos de azulejo blanco y negro y escalera de caracol. Había una coqueta cocina de madera y estufa de carbón en la primera planta, y dos cuartos de baño, cada uno equipado con su lavabo de porcelana y una de esas bañeras antiguas con patas, en los laterales de la segunda. Pero si alguien me hubiera preguntado cuál era mi rincón favorito de aquella mansión, le hubiera contestado sin dudar que la alcoba de dama del tercer piso, a cuyo interior me asomaba con cara de gigante para mirar con ojos muy abiertos cada uno de sus primorosos detalles.

Como en el dormitorio de la Rebeca de Manderley, allí no faltaba la elegante cama con dosel y colcha de raso, ni el tocador con espejo y butacón, ni el cepillo y el peine de plata, ni siquiera las mínimas zapatillas de tacón, adornadas con plumas rosadas, que languidecían, como olvidadas, a los pies del lecho. Recuerdo que siempre pensaba lo mismo (ojalá pudiera cerrar los ojos y abrirlos de nuevo para encontrarme viviendo aquí, en esta habitación de princesa, ojalá pudiera vivir aquí y la abuela no me encontrara y se volviera loca o se muriera de un susto).

Aquellos días de mi infancia transcurrían a cámara lenta, como si estuviéramos dentro de un acuario y todo respirara a un ritmo distinto, amortiguado. Yo esperaba ansiosa a que llegara la hora del paseo por el Parque de la Virgen, porque era el único momento de la jornada en que salía del caserón, siempre de la mano de mi abuela, y podía oler las dalias mojadas del jardín o escuchar las voces de otras personas. Las vecinas no se extrañaban de verme ataviada de aquella guisa y a veces incluso a mí se me olvidaba que había habido un tiempo anterior, no muy lejano, en que no parecía un repollo con patas ni me llamaba Monsita. A partir de la segunda semana de estancia en el pueblo empezaba a acostumbrarme a la farsa y casi asumía que era la hijita de aquella señora momificada que me preparaba rebanadas de pan con aceite y azúcar para merendar y me mandaba rezar media hora de rodillas junto a la cama, antes de irme a dormir.

Pero las cosas cambiaron inesperadamente el verano en que cumplí nueve años. Durante el invierno pegué un estirón que causó bastantes quebraderos de cabeza a mi pobre madre, porque ninguna de las prendas del año anterior me servía, y con gran alegría por mi parte hubo que renovar por completo mi vestuario al llegar la primavera. La abuela mandó a buscarme como cada

julio, pero la sonrisa se le congeló en el rostro cuando vio salir del coche aquellas piernas larguiruchas que me habían crecido en tan solo unos meses. Al quedarnos solas ya no vino a mi encuentro con los frondosos vestidos de angelito de mi tía. Simplemente se limitó a indicarme que esta vez ocuparía el dormitorio del tejado, porque era más grande y más fresco por las noches. Al subir las escaleras arrastrando mi maleta caí en la cuenta de que también era la habitación más alejada de su alcoba.

Fue, sin duda, uno de los mejores veranos de mi vida. La abuela ya no se molestaba en mantenerme guardada bajo siete llaves y por primera vez comí ciruelas verdes recién cogidas del árbol y pude hojear las revistas guarras de mi tío con toda tranquilidad. Una tarde estaba sentada en las escaleras de casa, observando absorta una fila india de hormigas que transportaban las cáscaras de pipa que yo iba arrojando al suelo, cuando de pronto una piedra me dio de lleno en la cabeza. Escuché unas risitas y así conocí a Alberto y Daniel, los nietos de la vecina, que eran muy rubios y también venían de la ciudad, aunque se asilvestraban apenas ponían el pie en el pueblo. Ellos me enseñaron a montar en bici y dónde estaban las zarzas que daban las moras más gordas. Por supuesto, me enamoré casi instantáneamente del mayor de los dos hermanos, Alberto, que siempre me estaba tirando del pelo, y no me quité los pantalones cortos en las dos semanas que siguieron. Fue una pena que mi abuela empezara a sentirse indispuesta a los pocos días y mi padre tuviera que volver a recogerme más pronto de lo habitual para llevarme a Zaragoza. La abuela ya no reclamó mi compañía al verano siguiente, en realidad, nunca más lo hizo, y a lo largo de los años apenas volví a verla en un par de comidas familiares. Murió casi centenaria en su cama, una noche del invierno pasado, y el notario nos convocó poco después a todos en su despacho para realizar la lectura del testamento. Así nos enteramos de que mi abuela había ordenado que todos sus bienes fueran repartidos entre sus hijos en dos mitades simétricas, siempre y cuando respetaran su deseo de que la casa se vendiera inmediatamente, porque no quería bajo ningún concepto que sus descendientes la reformáramos en el futuro. Era una despedida propia de ella, que, como de costumbre, no admitía réplicas. Así que dos semanas después mi tío, mi padre y yo viajamos al pueblo una mañana de sábado a bordo de un camión de mudanzas para desmontar los muebles y vaciar las habitaciones, antes de poner la casa en venta. Mientras los dos hijos de mi

abuela discutían acaloradamente acerca del sistema más óptimo para bajar por la escalera el armario de roble del dormitorio principal, yo recorrí el pasillo de los rosarios y me acerqué, casi de puntillas, a la habitación de la tía Monsita. Encontré puesta la llave victoriana en la cerradura de aquel ropero casi de juguete, como si llevara todo aquel tiempo esperándome. Le di la vuelta y cedió, con un suave quejido metálico. No me sorprendió demasiado comprobar que en el interior del mueble solo quedaban una hilera de perchas infantiles y dos bolitas de alcanfor, casi consumidas.

HABITANTE

No puede ser. Me cuesta tanto creerlo que tengo que leer el anuncio otras dos veces, como si las palabras formaran parte de un misterioso conjuro. Trago saliva, repito los datos para mis adentros. Es justo lo que andaba buscando.

La casa resulta inconfundible, no puede ser otra. El verano pasado acababa de llegar a la ciudad y buscaba nuevas rutas para ir al hospital cuando di con ella, en Hobson, una bocacalle cercana al campus. La fachada estaba pintada en un blanco cegador y en ella se reflejaban como sombras chinescas dos palmeras enanas que flanqueaban el edificio, dándole un aire playero que me hizo sonreír, como si su presencia allí respondiera a la divertida ocurrencia de alguien a quien se lo perdonaríamos todo.

Me he detenido muchas veces a mirar la buhardilla picuda y el número 27 de hierro forjado en caligrafía femenina, sobre el portal. Es el único edificio con piscina de toda la manzana, y al pasar por delante podía oler el cloro y escuchar con nitidez el sonido de las risas y los chapoteos que venían de la parte trasera. Siempre me alejaba a regañadientes de la calle Hobson, pensando que si yo viviera en ese edificio nadaría un rato cada mañana, antes de ir al trabajo, como una actriz de *telefilm* americano. Que caminaría descalza por el suelo de pergo hacia las burbujas con olor a té verde de mi *jacuzzi* los sábados, después de la siesta.

De pronto me imagino libre para siempre de amigas recién separadas, de novios fugaces que no cierran la puerta del baño tras de sí y esconden los calzoncillos sucios en ese infierno oscuro de debajo de la cama. Rodeo el texto del anuncio con un círculo de rotulador rojo para delimitar mi territorio. A continuación marco con dedos de fiebre el número de un tal Manuel y cierro los ojos. Después de tres angustiosos tonos, descuelga. Concertamos la visita para esa misma tarde, a las cinco, después del trabajo. Hoy tengo siete

antes de la suya, me dice antes de colgar, sumiéndome en la más absoluta desazón.

* * *

Sufro lo indecible en la consulta. Se nos muere un cuarentón trajeado que ha llegado en plena crisis cardiaca y al anunciar la asístole pasa por mi mente la imagen de esos siete desconocidos. Puedo verlos pisando mi tarima, rozando mis puertas lacadas en blanco, pulsando el botón de la cisterna de mi baño solo para comprobar que funciona. Visualizando la distribución de muebles en mis dos habitaciones, comprobando el ajustado cierre hermético de mis ventanas de aluminio. Basta. Ese apartamento ya es moralmente mío.

* * *

Por fortuna, ninguno de esos advenedizos reacciona lo suficientemente rápido y yo le entrego a Manuel un sobre con todos mis ahorros en cuanto confirmo que «ese» es el piso que busco. Ya estoy pensando en pedir el crédito al baboso de mi director de banco, por eso apenas reparo en la voz de Manuel mientras habla de la anterior propietaria, de su mala suerte, tan joven. Retengo apenas un nombre de mujer y algunas palabras más. Virginia, corte de digestión al parecer. La encontró otro inquilino, flotando de espaldas en la piscina.

* * *

En la calle hace un calor sofocante cuando llego al mediodía, cargada de bolsas. Un rodillo nuevo, cajas de hojalata para el café y el azúcar, productos de limpieza, disolvente, una cafetera de dos tazas, la barra para la cortina del baño. Lo dejo todo sobre la mesa y me derrumbo en el colchón que trajeron ayer sin molestarme en quitar el plástico que lo envuelve. Despierto horas más tarde, muerta de sed y de muy mal humor. Está oscureciendo pero al poner el pie en el suelo veo con claridad el cuerpo acharolado de una cucaracha que sortea mis dedos y sale disparada hacia una de las grietas del rodapié. Quiero gritar pero no me sale la voz.

* * *

Se respira tanto silencio en el rellano que puedo escuchar claramente el parpadeo de la bombilla, cuando alguien pulsa el interruptor del patio. Al colocar unas perchas en el armario empotrado del dormitorio pienso que voy a pintar una de las habitaciones en azul Klein. Justo en ese momento reparo en un bulto oscuro que sobresale un poco en la balda superior. Tiro de la tela. Un traje de baño de mujer. Negro.

* * *

Sigo ultimando preparativos. Empiezo a pintar de azul la habitación y cuando llevo casi media pared me arrepiento y bajo a la droguería a por una lata de pintura blanca. Suspiro aliviada cuando consigo dejarla igual que estaba antes.

Miro por la ventana que da a la piscina. Son las siete de la tarde. Ya ha empezado el verano, pero no hay nadie en el agua.

* * *

Pequeñas muescas en la encimera de la cocina revelan que Virginia no era muy hábil con el cuchillo. Me encuentro a menudo colocando el dedo anular sobre esas cicatrices del pvc y se adueña de mí una tristeza inexplicable. A veces todavía llegan cartas del banco que van dirigidas a ella.

* * *

Primera noche en la casa nueva. Ha sido un día duro en el hospital y vuelvo reventada. Abandono los zapatos nada más cruzar la puerta. Me pongo ropa cómoda y decido cenar algo ligero antes de acostarme temprano. Tumbada en el sofá recuerdo que mañana debo llamar sin falta para que vengan a cambiar la placa del buzón. Me quedo adormilada ante la tele encendida mientras una mujer busca a su hermano perdido en tiempos de la Guerra Civil. Me

despierta el brusco sonido del portero automático. Veo en el reloj del vídeo que son cerca de las diez. Me pongo en pie de un salto y cuando contesto escucho una voz de hombre al otro lado.

—¿Virginia?

Le digo que no tardo nada. En mi habitación me pongo el bañador negro debajo de la camisola, cojo las llaves y bajo.

CELEBRACIÓN

Mi madre le sonríe a Anna mientras coloca sobre el mantel una humeante sopera de loza. En realidad, sonríe desde que sali o a recibirnos al porche, sin dejar de agitar su mano de forma mecánica, como si fuera un parabrisas, mientras aparc bamos a la entrada. Esta mañana Anna insistía en traer su viejo Plymouth gris, pero afortunadamente la he disuadido. *Déjame a mí, t  disfruta del paisaje. No hay nada tan hermoso como el otoño incendiado de Vermont, cr eme.* En realidad, lo he hecho porque podía imaginarme a mamá arrugando la nariz al vernos aparecer a bordo de un coche tan viejo, y con Anna al volante. Esta vez prefería ahorrarme la misma reprimenda de siempre, *Soy una mujer a la antigua usanza, muchacho, en Carolina es el hombre quien maneja las riendas del caballo*, así que por eso hemos venido en mi Jaguar.

Como siempre que traigo una chica a casa mamá le ha dado el día libre a la doncella y se ha ocupado ella misma de arreglar el centro de lilas recién cortadas del jardín y de servir los platos. También le ha pedido a Quentin, nuestro viejo chófer, que la llevara a la peluquería, y se ha puesto las perlas. Su pelo parece una nube inmóvil amarillo pastel y se ha salido un poco al pintarse los labios con ese pastoso carmín de color geranio que reserva para las grandes ocasiones. Lleva un jersey de punto malva y una fina rebeca a juego sobre los hombros. No puedo evitarlo, en días así me recuerda a una de esas horribles vendedoras a domicilio de productos de Avon.

Anna parece no entender por qué mi madre le sonríe cada vez que se acerca a la mesa con un plato, se vuelve confundida y me sonríe también, como si esas sonrisas forzadas fueran patatas calientes de las que conviene librarse lo antes posible. No hace falta que sonr as tanto, no sonr as como ella, quisiera explicarle a Anna. Mi madre sonríe siempre, aunque las criadas

hispanas no le gustan nada sonrío al darles las instrucciones de cómo quiere exactamente que se limpie la plata, y aunque desprecia a los tullidos malolientes que piden limosna postrados en la calle, no dejará de sonreírles al pasar. Ella sonrío, porque se crió en el Sur y allí una dama sonrío a los cretinos y no rehúsa nunca un baile en una fiesta. No digo nada de eso y yo también sonrío. Miro a mi hermano Dan, pero él es el único que no sonrío. De hecho, un rictus serio, casi desagradable, paraliza su hermosa cara de jovencita. Está escribiendo en un pedazo de folio y por la forma en que su pluma negra zigzaguea sobre el papel, casi rompiéndolo a cada trazo, intuyo que yo soy el destinatario.

Los tacones de mi madre se alejan en dirección a la cocina y regresan poco después. Mamá deja sobre la mesa una fuente de ensalada de col con salsa de eneldo, después coloca bien recta una de las servilletas y toma la copa de vino que queda más cerca del sitio vacío de mi padre, mientras frunce el ceño. La copa tiene el borde ligeramente mellado, así que se la lleva a la cocina y a la vuelta elige una exactamente igual de la vitrina Chippendale. Cuando se inclina para dejarla junto a los cubiertos de plata llega hasta mí el olor dulzón de esa laca que la peluquera espolvorea a conciencia en su pelo, hasta convertirlo en una masa de algodón de azúcar, que huele a algodón de azúcar. Ahora vuelve a parlotear sin dejar de moverse como una gaviota enloquecida alrededor de Anna, que ladea la cabeza y asiente educada, con esa cortesía de los extranjeros que fingen comprender todo lo que se les dice. Pero yo sé que su inglés es muy pobre, al igual que mi ruso, aunque nosotros nos entendemos casi sin necesidad de utilizar palabras. Dan aprovecha para entregarme entonces la nota, con una mirada cargada de reproches.

«Cabrón», es la única palabra que encuentro escrita en el papel.

Guardo la nota en el bolsillo de mi camisa azul. Justo entonces caigo en la cuenta de que siempre me pongo camisa azul cuando traigo una chica a casa de mamá. Una vez leí que los presentadores de telediario también acostumbran a usar camisas azules, está demostrado estadísticamente que el azul es un color amable, que inspira confianza. Me pregunto si tendrá algo que ver. *Te crees todo lo que te diga un hombre de camisa azul*, pienso, tal vez por eso tengo el armario lleno de ellas.

Miro a Anna, que permanece absorta, con los ojos clavados en su copa

mientras mi madre se la llena de vino. Apenas lleva maquillaje, se ha recogido la lustrosa cabellera negra en una cola de caballo y está especialmente guapa con su jersey negro de cuello cisne. *Realmente soy un cabrón, tengo a la mujer más hermosa de todas, me digo, la más hermosa de la cabeza a los pies. Pero es mejor no hacerse ilusiones,* añado a continuación, también para mis adentros. Y luego la esperanza de nuevo, *quizás esta vez todo sea distinto.* De pronto añoro ver sus pies. Es lo que más deseo en el mundo.

Son perfectos, los pies de Anna. La tarde en que la conocí estuve contemplándolos durante horas, sin molestarme en levantar la vista del suelo, mientras ella caminaba de aquí para allá, de un grupo a otro, recorriendo la galería de arte donde exponía su primera colección. Yo sabía que una mujer terminada en esos pies debía empezar por fuerza en una hermosa cabeza con perfil de moneda, así que me limité a seguir sus pasos por la superficie lisa de mármol blanco, tan parecida a una estepa nevada. Inexplicablemente, su *performance* de muñecas de porcelana asesinadas fue un rotundo éxito y las piezas del catálogo se agotaron en apenas dos horas, pero aun así logré hacerme con una especie de Barbie morena, acribillada a balazos que también había perdido en el feroz tiroteo su ojo izquierdo. Justo antes de marcharme, mientras estaba esperando a que empaquetaran mi muñeca tuerta, sentí que unos pasos de mujer se detenían a mi lado y vi el dedo pulgar de un pie derecho moverse ligeramente hacia arriba, como una cabecita curiosa. *Es mi favorita,* susurró en mi oído la propietaria de aquellas sandalias negras de cuatrocientos dólares. Le sonreí, fingiendo algo de azoramiento. Sé que resulto irresistible cuando sonrío así. Para algunas mujeres no hay nada más conmovedor que un hombre alto y rubio que sonrío sin saber muy bien cómo sujetar la obra de arte que tiene entre las manos.

Suspiro. Si dejo caer la servilleta al suelo podré mirar sus pies de nuevo, podré ver cómo se mueven sus dedos, una vez más. Anna siempre lleva sandalias, en invierno y en verano, y la primera noche que pasamos juntos pude comprobar que no se las quita ni para dormir. Cuando emigró de Rusia descubrió que había lugares donde pueden enseñarse los dedos de los pies sin peligro de que se congelen, y decidió llenar los bajos de su armario con cajas de sandalias negras de tiras. También empezó a pintarse las uñas de ese rojo oscuro que me hace tragar saliva cuando los miro. Cada uña parece una gota

de sangre, quisiera verlas tan solo una vez más, pero no me decido. Sé que Dan me vigila y esta vez no se molesta en esperar a que Anna se distraiga de nuevo. Me pasa otro pedazo de papel arrugado, escrito con esa caligrafía de cardiograma agónico que solo yo soy capaz de descifrar.

¿No has tenido suficiente con las otras veces? No dejes que lo haga de nuevo.

Llega desde la cocina el delicioso aroma del asado con yerbabuena que mamá cocina siempre en estas ocasiones. Anna da un respingo cuando una *suite* de Vivaldi empieza a sonar por todo el salón y luego me mira con curiosidad, mientras pliego cuidadosamente la segunda nota de Dan y la guardo junto con la anterior. Sonríe, comprensiva. Sabe que mi hermano sufre una forma leve de autismo que le impide comunicarse con su entorno. Lloré al contárselo y ella me abrazó, murmurando una cantinela extraña en su lengua, algo similar a una nana que consiguió tranquilizarme. Creo que aquella noche se enamoró todavía más de mí, porque descubrió que bajo la fachada del joven abogado de éxito que soy se esconde un ser sensible y atormentado por una desgracia familiar. Se decidió entonces a contarme su dura infancia en un orfanato de Moscú, los remordimientos que todavía se adueñan de ella cuando recuerda que solía arrebatarles a niñas más débiles la manzana que les regalaban por Navidad. Anna no tiene a nadie en el mundo y desde que me conoce ha dejado de lado su faceta de artista. *Solo quiero contigo estar*, me dice a veces, con ese acento siseante que tensa un arco en mi interior. Yo quiero a Anna, la quiero de verdad, pero tengo que esperar a ver qué decide mamá, me repito.

Comemos en silencio la sopa y la ensalada de col. Mi hermano apenas prueba la comida, pero se sirve con manos torpes la tercera copa de vino. Mi madre y Anna se sonríen mientras mastican. Nadie dice nada. Después le llega la hora al segundo plato, mamá entra en el salón exultante, con la bandeja llena de carne tostada. *El Otoño* de Vivaldi suena de fondo y mamá le dice a Anna que espera de todo corazón que disfrute del asado. Le confiesa que se trata de una receta secreta, que solo cocina en ocasiones muy señaladas. *Mi toque secreto morirá conmigo, querida, a no ser que uno de estos dos muchachos se case con una buena chica y pueda confiárselo a ella*, dice en tono jovial, mientras trincha el lomo de vaca muerta con un enorme cuchillo. Me fijo en sus manos llenas de venas azuladas y manchas de un

ciruela pálido. Lleva las uñas pintadas del mismo tono geranio que los labios. Odio ese color.

Sé que Anna no ha entendido bien el sentido de sus palabras. Por eso sonrío y asiente al llevarse a la boca el primer bocado. Me mira y quisiera poder sonreírle también, pero el comentario de mi madre me lo pone muy difícil. Ella insiste ahora para que Anna coma un trozo más de asado, pero cuando intenta cortar la carne, protesta porque el cuchillo no está lo suficientemente afilado. *El servicio ya no es lo que era, tengo que ocuparme yo de todo, disculpa, querida*, dice. Antes de volver a levantarse Dan aprovecha su ausencia para pasarme un nuevo mensaje.

Podrías ser feliz con ella, vete, ahora, llévala contigo y no vuelvas nunca.

Pero no me muevo de la silla y me limito a esperar sentado a que mamá regrese con un cuchillo pequeño y al parecer más afilado que el anterior. Veo que, como en todas las ocasiones anteriores, el cuchillo de sierra aparentemente inútil ha quedado olvidado bajo los pliegues de una de las servilletas. Anna come y sonrío. Al terminar, rehúsa tomar postre, y mamá le ofrece en su lugar una taza de té con cerezas. *He oído que en vuestro país endulzáis las infusiones con cerezas*, hijita, le aclara, con una sonrisa. Luego se gira hacia mí y con esa misma mueca cruel de color geranio, pronuncia las palabras malditas.

Enhorabuena, Mathew, es perfecta.

LÍNEA 40

Gonzalo lanza una maldición mientras se levanta. Apaga un cigarro casi entero con el pie y antes de subir al autobús mira la papelera verde que hay junto a la marquesina.

A punto está de arrojar en su interior la bolsa con el anagrama del hospital, pero algo le detiene. Con ella suspendida en el aire y apuntando directamente a la boca abierta de la papelera recuerda de pronto la tez curtida por el frío del vagabundo que pernocta en esa misma parada. Hace tiempo que viene, los celadores le sacan a veces los restos de la cena envueltos en papel de plata y por ellos sabe que se llama Venancio. Puede ver su cara como si lo tuviera delante, ve a Venancio sentado de rodillas, desplegando su lecho de cartones en el suelo antes de dar un trago a su caja de vino con devoción de condenado y de hurgar en la papelera, esperando que con las prisas alguien haya olvidado el último cigarro dentro de una cajetilla. Sabe que con toda seguridad será ese hombre quien encuentre la bolsa de plástico, entre periódicos gratuitos y revistas de propaganda inmobiliaria, si se decide al fin a soltarla y la deja caer en el fondo del cubo metálico forrado con sacos de basura. Será él quien, tras un breve instante de duda, extraiga de su interior un sobre rectangular de cartulina verde claro, llevado por la poderosa tentación que supone tener acceso a una desgracia aún mayor que la propia. Entonces, ese hombre de camisa harapienta, que quizás una vez hizo la comunión y trabajó como oficinista, y hasta tuvo una mujer y una familia, desplegará con gesto de arcángel la placa fotográfica que dormita dentro del sobre y mirará al trasluz el naipe de su mala suerte, tratando de descifrar el enigmático búho negro que aparece en la radiografía.

La sola idea de que un tipo mugroso encuentre consuelo en las sombras blancas y redondeadas que invaden la zona inferior de su pulmón izquierdo le

resulta a Gonzalo todavía más insoportable que cargar con esa fotografía de su muerte en crecimiento. Si al menos así pudiera trasplantarle su infortunio, si al mirar la radiografía ese tumor en estado de gracia pasara a pertenecerle a él de por vida, Gonzalo le regalaría encantado su destino, incluso intercambiaría con él su futuro, que a simple vista parece más miserable, pero también mucho más largo. Estos vagabundos no se mueren nunca, piensa, y decide cargar con el peso leve de la bolsa mientras se impulsa hacia delante para subir los tres peldaños del autobús y busca con la mirada un asiento libre.

Hace mucho que no coge el 40. Desde que no tiene coche acostumbra a hacer el trayecto andando, casi podría asegurar que la última vez que subió a un autobús fue en el viaje de ida al trabajo, la mañana en que le comunicaron que había sacado plaza fija en el hospital Miguel Servet. Recuerda que se pasó la jornada entera canturreando *Satisfaction* y que se cambió de ropa a toda velocidad al terminar su turno, cerca de las cuatro de la tarde. No se entretuvo en comer, y ni el llanto del bebé de dos años, recién ingresado con un mapa de quemaduras severas arrasando más del setenta por ciento de su cuerpo, ni la lluvia torrencial que caía fuera cuando salió a la calle, lo disuadieron de ser feliz al más puro estilo masculino. Se marchó zumbando del hospital y echó a andar sin paraguas, porque había decidido celebrar su recién inaugurada estabilidad económica comprándose un coche nuevo en el primer concesionario que le saliera al paso.

Sonríe amargamente al caer en la cuenta de que justo en uno de aquellos días de vino y rosas, muy poco después de la asignación de la plaza y la compra del auto, coincidió con Berta en el ascensor y respiró por primera vez el perfume afrutado que desprendía su piel, cuando ambos se inclinaron hacia delante para pulsar el botón del mismo piso. Así que un par de semanas más tarde no solo era un médico joven de urgencias y el propietario de un flamante Audi azul marino, sino también el afortunado que se dejaba comer a besos por la enfermera más guapa del hospital mientras ambos se dirigían a una cala nudista de Gerona, dispuestos a pasar su primer fin de semana juntos.

Camina por el pasillo atestado del autobús y llega a la conclusión de que hay épocas en la vida de los hombres en que uno se limita a pisar baldosas iluminadas, como si jugara a una rayuela de la buena fortuna que alguien ha

ido trazando en su camino. Una adolescente con gafas de pasta y el pelo lleno de horquillas de colores, que hasta entonces permanecía sentada a unos pocos centímetros de él, se levanta como impulsada por el soniquete electrónico que se escapa de su mp3, y Gonzalo ocupa su plaza sin más preámbulos, fingiendo que no se da cuenta del gesto de disgusto de la anciana con abrigo de astracán a la que se ha adelantado vilmente. *Si me dice algo, como se le ocurra decirme algo, le cuento mi historial clínico y que por difícil que le resulte de creer voy a palmarla antes que ella*, piensa. Pero la abuela solo le fulmina con una mirada azulosa y se aleja en dirección a la puerta, despotricando sobre los modales de las nuevas generaciones. Gonzalo ya no le presta atención, ha encontrado asiento junto a una mujer joven de pelo rojizo, y se entretiene recordando cómo en aquellos días todas las piezas encajaban, cómo todas las casillas tenía premio, y piensa que alguien debería haberle avisado entonces de que tenía que aprovechar cada momento antes de que la racha terminara. *Antes, se dice, de que un estúpido octogenario cruzara en rojo por donde no debía e hiciera que me estrellara contra una farola al intentar esquivarlo. Antes de que me llamaran del seguro para notificarme que no se hacían cargo de la reparación de un siniestro tan total y de que Berta susurrara al otro lado del teléfono que teníamos que hablar de algo importante. De que me enterase de que llevaba dos meses largos poniéndome los cuernos con un teleoperador alcohólico del 061, que no es tan buen chico como yo pero que le escribía unos poemas preciosos en los posavasos del bareto que frecuentaban mientras yo estaba de guardia. Y antes de que en el reconocimiento médico anual me detectaran un jodido crecimiento anormal de células pulmonares y el especialista profetizara que con suerte me quedan seis meses de vida. Hay que joderse.*

Se inclina para dejar la bolsa de la radiografía apoyada en el asiento de delante y solo entonces repara en que ha olvidado cambiarse de zapatos y ha salido del hospital con los zuecos anatómicos que Berta le regaló por San Valentín. Son de color naranja y se siente bastante ridículo cuando imagina que va a plantarse en la consulta de un afamado oncólogo con ellos puestos. Recuerda el argumento esgrimido por su ex novia, siempre al tanto de las nuevas tendencias, mientras él sacaba de la caja aquel par de mandarinas del número cuarenta y cinco con un gesto extrañado: al parecer, los zuecos de colores y los gorritos de cirujano estampados son el no va más en moda

clínica. Cae en la cuenta de que ya no tiene sentido llevarlos puestos, sobre todo desde que se tropezó al teleoperador poeta por el pasillo y vio que iba calzado con unos zuecos iguales, algo más pequeños y de un doloroso azul eléctrico. Sí, es triste reconocerlo, pero también cambiaría su vida por la de ese tipo despreciable que muchas veces llega medio borracho al hospital, que duerme con su Berta por la noche y recibe sus absurdos regalos. Él también le regalaría encantado el mapa de los pocos kilómetros que le quedan por rodar a sus zuecos naranjas. Y está pensando que lo primero que hará al llegar a casa será tirarlos a la basura, cuando nota una suave palmada en su brazo izquierdo y escucha la voz de la chica pelirroja, dirigiéndose a él.

—¿Gonzalo?, ¿Gonzalo Salinas?, no me lo puedo creer, ¿eres tú?

Gonzalo se vuelve y la mira, pero al principio no acierta a reconocerla. Piensa, eso sí, en el asombroso parecido que la mujer guarda con Julia Roberts, y en lo muy ensimismado que ha debido de permanecer en sus pensamientos para no percatarse antes de ello. Mira su cabello rojo, ligeramente ondulado, suelto alrededor del rostro en una abundante cascada de puntas húmedas. Contempla anonadado el arco solar de las cejas, sus ojos almendrados, la tez casi transparente y la nariz retocada en el quirófano. Llega hasta la boca, que es el centro exacto de esa cara clónica, y es entonces, a partir de su sonrisa enigmática, apenas insinuada en el perfil de los labios esculpidos con pulso certero cuando empieza a desenterrar otro rostro del pasado.

—Joder, ¿Marta? Pero chica, si pareces una estrella de Hollywood, estás genial... guapísima, en serio.

La inolvidable Marta Serrano. La única mujer de la Historia agraciada tres años consecutivos con el título *miss* Instituto José Manuel Blecua, en realidad los tres únicos cursos que permaneció en el centro, antes de dejar colgados el bup y su corona de hembra adolescente cañón para marcharse a Madrid a estudiar Arte Dramático, según le dijo alguien tiempo después. Marta, que gracias al bendito orden alfabético había compartido pupitre con él en primero y que ahora, casi veinte años después, volvía a ocupar el asiento de al lado, como para animarle el breve trayecto que lo separaba de la consulta del doctor Cerezuela y su segunda opinión de reputado especialista en tumores incurables.

Gonzalo es consciente de que no puede apartar los ojos de ella. Aunque en sus rasgos cincelados apenas queda nada del rostro de hermoso cervatillo que tenía a los quince años, y en parte es una pena. Pero mirarla y pensar en un corazón siguen siendo, como entonces, dos gestos naturales del mismo movimiento. Tal vez por eso, piensa Gonzalo, resultaba y resulta tan fácil empalmarse y enamorarse a la vez, desearla con toda la suciedad y la inocencia del mundo.

—En serio, estás fantástica, Marta, y dime, ¿qué tal tu vida?, ¿qué tal lo de ser actriz?, ¿para cuándo el Goya?

Marta sonríe y estira un poco el cuello de la gabardina negra que lleva puesta. Gonzalo repara entonces en su turbadora clavícula y el voluminoso contorno del pecho que se adivina bajo la delgada tela. *Se ha operado las tetas también, y me parece que no lleva nada debajo del abrigo, joder, joder, qué morbo*, piensa mientras ella le cuenta que la cosa está bastante parada pero que le van saliendo trabajos aquí y allá, algún bolo como azafata y modelo de publicidad. Gonzalo mira con disimulo sus magníficas piernas, enfundadas en medias de rejilla y botas de cuero negro. Marta le habla de algunos anuncios de televisión que ha hecho y a él no le suenan, pero la verdad es que tampoco le presta demasiada atención, porque recuerda de pronto que en los años del instituto soñaba a menudo que ambos se quedaban encerrados, desnudos, en una especie de habitación lavadora que evacuaba litros de nata en lugar de agua. Toneladas de nata blanca y espesa que los cubría enteros mientras Marta y él se besaban, despidiéndose de la vida con toda la desesperación y la pasión de que eran capaces. Por aquel entonces ella hablaba poco, pero siempre que lo hacía dudaba y ponía los labios como si estuviera a punto de apagar un enorme pastel de cumpleaños. Y cuando se le caía un boli al suelo se arrodillaba con una gracia infinita, trazando en el aire un conmovedor movimiento de renuncia al equilibrio, como si se abandonara por entero a todo aquel que quisiera mirarla. La doble hilera de pestañas, el cuello avainillado, las sinuosas caderas y hasta las rodillas entrechocando al inclinarse, todo parecía caer desde muy alto a la vez ante los ojos maravillados de profesores y alumnos.

Él contesta con rapidez a sus preguntas. Le dice que es médico y que sigue soltero, sin hijos, que apenas ve a nadie de aquel entonces. Ella le escucha interesada y parece bastante contenta de habérselo encontrado tanto

tiempo después, medita Gonzalo cuando el autobús dobla la rotonda de la plaza Aragón. Comprueba que no lleva anillo de casada y que tal vez sería una buena idea invitarla al cine, llevarla a cenar, encarar una nueva tanda de escalones felices. Ella está llena de vida, a pesar de que por exigencias del guion haya debido renunciar a su propia belleza y copiar la de una actriz comercial para abrirse camino, a pesar de que está claro que no ha cumplido ni la mitad de sus expectativas. Es muy probable que algunos de sus sueños se hayan ido quedando desparramados en una mesa de operaciones, pero aún es joven y hermosa. Desea acercarse su rostro, tomarla del pelo con fiereza y besarla, poseerla del todo, mejor aún, cambiarse por ella, convertirse en ser así de vivo, en una mujer que late y es capaz de provocar ese efecto en un futuro muerto como él. Le pilla desprevenido cuando Marta le avisa de que se baja en la siguiente parada, en la de plaza Paraíso. Duda si pedirle el teléfono mientras ella le da dos besos en las mejillas antes de levantarse. Siente el aliento cálido de su respiración y aspira el aroma suave y con un punto especiado de su pelo, parece que Marta está a punto de decir algo, pero no lo dice. Gonzalo cierra los ojos, buscando en su mente una manera ingeniosa de pedirle una cita, pero Marta se aleja ya, se vuelve hacia atrás pero ni siquiera alcanza a verla, llevada por la marea de gente que baja en la plaza, oculta por ese rebaño de desconocidos feos y anónimos. Y decide odiar sobre todo, con toda intensidad, al tipo moreno de mediana estatura que intercepta su campo de visión y le impide conservar en la retina una última imagen de ella, odia la forma en que levanta la bolsa blanca por encima de su cabeza, como si contuviera el corazón de su amada y debiera mantenerlo a salvo de empujones y sobacos malolientes. Odia mucho a ese tipo parecido a él, tanto que casi se asusta. Después el autobús arranca de nuevo y sin tanta gente es como si se hubiera convertido en el fantasma enfermizo de sí mismo. Gonzalo queda pensativo, se pone en pie y se prepara para bajar en la siguiente parada, algo triste, pero aliviado también por no haber forzado una relación complicada. *No es plan decirle a tu amor de juventud, sal conmigo dos o tres veces, prometo morirme luego*, reflexiona rumbo a la consulta del doctor Cerezuela, sin reparar en las miradas indiscretas de algunos de los transeúntes con los que se cruza en el camino. Algo desorientado se detiene delante de un coqueto bloque modernista, una casa no demasiado alta, de fachada crema y color chocolate que parece haber sido construida con praliné de café. Comprende de pronto que se ha equivocado de camino. Esta no es la

calle, y tampoco el vetusto edificio de granito gris donde ya el padre y el abuelo del doctor Cerezuela tenían sus despachos. Sin embargo se deja llevar, pone su mano sobre la manilla dorada del portal de ese edificio años veinte, el número nueve de la calle Isaac Peral, que se abre como si lo estuviera esperando desde siempre. Entra en el chirriante ascensor de hierro forjado y pulsa por instinto el botón del tercer piso, que hace primero porque hay entresuelo y principal. En el rellano le sorprende un silencio manso, de vivienda desocupada o clandestina. Enciende el interruptor de la luz, y la bombilla titila como el ojo de un carnicero nazi, para mostrarle las dos únicas puertas que ocupan esa planta. Solo después de llamar al timbre de la que queda a la derecha se da cuenta de que no trae consigo la radiografía. Escucha pasos que se acercan al otro lado, el inconfundible sonido de un par de tacones femeninos llegando a la altura de la puerta. Sabe que una mujer le vigila a través de la mirilla y se siente cada vez más nervioso. No comprende qué le ha llevado hasta allí y por hacer algo decide mirarse los zapatos, mientras la espía comienza a descorrer cerrojos y quita la doble vuelta a una llave. Pero al final de sus piernas no encuentra los detestables zuecos naranjas, sino un par de botas italianas de mujer, unas medias negras de red, el faldón de una gabardina. Un presentimiento le lleva a estirar su solapa y asomarse con recelo al interior. Descubre en su cuerpo dos pechos ajenos y de tamaño considerable, escalando un mínimo sujetador negro con bordados en rojo. Una pareja de ancianos salen justo entonces de la puerta de enfrente y pasan a su lado sin mediar palabra, camino del ascensor. Gira la cabeza a la izquierda y lee en la placa de latón que cuelga en la pared *Stars. Una compañía de cine*. De pronto lo comprende todo. Porque la puerta se abre como si dentro soplara una corriente de aire helado y al otro lado del umbral aparece la doble exacta de Angelina Jolie, vestida apenas con un salto de cama de raso blanco, recriminándole con acento cubano que siempre llega la última y diciéndole que debe apresurarse, porque el cliente lleva esperándolas casi una hora en la habitación...

CANTALOBOS

En Cantalobos se aprende enseguida que la locura es blanca y silenciosa como un gato de angora. A los recién llegados se les va prendiendo del pelo sin hacer ruido, igual que las telarañas cuelgan del techo en una casa abandonada, y pocos días después ya se ha apoderado de ellos, los ha convertido en estatuas detenidas que aparecen sin más, poblando una esquina del patio o medio ocultos tras la puerta de la capilla. Pienso en eso, en que la locura es blanca, y que reptaba a través de los cuerpos, mientras Cecilia y yo caminamos hacia nuestro banco como una pareja de novios. Ella deja de temblar y hasta sonrío algunas veces cuando nos sentamos en ese falso banco de parque, un banco de interior, colocado en medio del pasillo, vagamente triste e incompleto, rodeado de tiestos con pequeñas plantas que nunca se mojan con la lluvia. Pero hoy se nos han adelantado. Dos internos fingen repintar la madera, uno a cada lado, en silencio. Levantan los ojos a la vez, dejan en suspenso sus brochas invisibles y nos miran con el gesto torcido y su fealdad descarnada de locos. *Aquí nos mancharemos*, digo en voz baja, *mejor vámonos*. Cojo la mano huesuda de Cecilia y le propongo que cantemos algo para quitarnos el miedo, pero no responde. El silencio nos permite escuchar cómo en algún lugar del piso superior corre medio dormida el agua de un grifo, es un temblor que aletea preso entre las paredes y que nos acompaña hasta el final del corredor.

Avanzamos camino del ala norte hasta que nos tropezamos con una de las cuidadoras. Es nueva, no sabemos su nombre, pero todas llevan el pelo recogido y son mucho más altas que las internas. Eso nos permite distinguirlas. La locura es blanca, silenciosa y encoge a las personas como una mala noticia, pero la cuidadora no se difumina ni empalidece, y al pasar junto a nosotros su traje oscuro cruje. Tiene la mirada llena de agujas negras.

El pulso de Cecilia se acelera aunque la mujer ni nos mira. Se aleja dejando un eco negro de herraduras y llaves que rompe la calma y es engullido en cuanto dobla la esquina del pasillo. *Irás pero no volverás*, susurra Cecilia con los ojos cerrados, *esta luz blanca va a matarme, Tristán*. Aprieto con fuerza su mano desmayada entre mis dedos.

Irás pero no volverás, repite.

Mi pobre Cecilia.

Querría decirle que no necesito volver, que he terminado por acostumbrarme a este lugar aunque nunca haya estado loco. Solo fingí que había perdido la razón para que no nos separaran, cuando el médico determinó que no había nada que hacer y supe que iban a internar a Cecilia en Cantalobos, un hospital privado con todas las comodidades, dijo don Matías cerrando su maletín, un sanatorio moderno. Entonces quemé el granero y maté a tiros al sabueso favorito de mi padre, gritando que era el demonio. Pronto se corrió la voz en el pueblo, *Los herederos malditos*, dijeron, *han de pagar los hijos la culpa de sus padres*. No les extrañó demasiado, habían rezado para que pasara, ellos pusieron velas y maldijeron a los caciques y a toda su parentela el día en que uno de los suyos murió en nuestro jardín, aunque Cecilia y yo solo sabíamos que de pronto se oyeron disparos y aquel bulto harapiento apareció tendido junto al corral. Una gallina daba vueltas alrededor del cadáver, enloquecida por el ruido y el olor a pólvora, mientras nuestros padres discutían de ventana a ventana con el pecho desnudo, decidiendo entre carcajadas de quién era la bala que había alcanzado al rojo en la cabeza.

Cecilia y yo, los malditos, aún permanecemos un tiempo ajenos a la guerra que pasaba de largo, sonando a lo lejos como una tormenta amortiguada que sacudía los cristales del salón y nos hacía, si acaso, levantar un instante la vista de la enciclopedia de ciencias naturales, mirarnos desde muy cerca, tumbados en la alfombra, antes de volver a las láminas de mariposas y caníbales de caras pintadas. Yo no estaba a su lado la tarde en que sufrió el primer brote de esquizofrenia. A partir de entonces me he preguntado muchas veces por qué nunca noté nada raro en Cecilia, si es posible que ya estuviera enferma cuando insistía en buscar nombres nuevos para las cosas, o en hablar de un tiempo pasado en el que supuestamente ella y yo éramos un rey francés llamado Tristán y su bella esposa, que vivían en

lo alto de una torre de piedra y salían al bosque cada atardecer en busca de gamos blancos. Pero supongo que entonces yo me conformaba con pensar que nos aburrían nuestras adolescencias de hijos únicos en aquel pueblo perdido en medio del desierto, y por eso Cecilia inventaba siempre algo nuevo que hacer, algo más allá de sacudirse de las orejas el polvo amarillo que traía el viento o buscar fósiles entre las ruinas del convento donde tan solo unos años después habría de levantarse el sanatorio de Cantalobos.

Cecilia y su alegría de columpio, cada vez que me acuerdo. Muertas para siempre una tarde de finales de agosto, cuando dejó estrangulada entre las teclas del piano la sonata que ensayaba porque creyó ver a una bandada de cuervos atravesar el ventanal de la sala y lanzarse en picado sobre ella. Los que estaban allí coincidieron en que se levantó bruscamente de la butaca, moviendo los brazos como si aleteara, y luego se acercó con los ojos llenos de espanto al rincón de la estancia donde su madre bordaba la cara algo pánfila de una virgen en su bastidor. *Ayúdame*, le suplicó, *mamá ayúdame*. Los criados, el padre, la abuela materna, todos la oyeron gritar que los cuervos habían anidado en lo alto de su cabeza y se la estaban comiendo viva, que se la comían. Sin poder evitarlo la vieron correr hacia el jardín como si creyera que allí podía salvarse, arrancándose a tirones el cuello de encaje de su vestido blanco, sacudiéndose la enagua de nieve y los zapatos, aullando mi nombre.

Era la hora de la siesta abrasadora y los gritos de Cecilia entraron en mi sueño como las llamas de un incendio. Salté de la cama con mis calzoncillos largos, bajé descalzo las escaleras y salí al jardín, espantado por el dolor que había en su voz. Fue entonces cuando la vi arrodillada en el césped, junto al eucalipto que separaba nuestros jardines, medio desnuda y sacudiendo los brazos como una marioneta que intentara cubrirse la cara. El lazo de raso rojo que ceñía su trenza se había soltado y le colgaba del hombro como un reguero de sangre, medio oculto por los cabellos desgredados. Y comprendí que aquel ojo hueco con el que me buscaba sin llegar a verme, clavado en el cielo como el de un caballo muerto abandonado al borde de un camino era, realmente el horror más absoluto que podía imaginar.

Después hubieron de encerrarla, la ataron a la cama y solo quedaron un vestido amarillo que no llegó a estrenar, colgado en el armario como una novia sin amigas, el piano huérfano y su aire de trasatlántico hundido, las

criadas santiguándose al pasar junto a los gritos de su dormitorio.

La Madre sonrío de perfil junto a la vidriera meciendo a su hijo, pero se detiene cuando nos oye llegar, trata de ocultarlo bajo la bata de arpillera como si quisiera alojarlo entre sus piernas, regresarlo al vientre del que nunca salió. La Madre abre la boca en un gesto de un animal dolorido cuando el niño se le resbala de entre las manos y se estrella contra el suelo de mármol. Nadie escucha su grito. Está vacío. Solo ella no sabe que su hijo es un muñeco que conserva el pelo de un muerto y tiene ojos de vidrio esmerilado. Su rostro de loza fría queda obscenamente girado hacia nosotros, como si nos acusara de algo. La Madre se lanza sobre él. *No lo mires*, me grita su cara desdibujada por la cegadora luz de sol que se filtra a través del vidrio.

Se queda atrás, tendida en el suelo, llorando una muerte de cine mudo.

Si Cecilia no temblara tanto, si no tuviera miedo de la luz blanca, de los pálidos locos y de cuidadoras, reinas negras de ajedrez, yo también querría hablarle de mis propios temores. Le contaría que a veces creo que estamos muertos, que los locos son los únicos capaces de vernos cuando paseamos de galería a galería, haciendo un alto en el banco que tanto le gusta. La locura les permite ver a quienes ni siquiera saben que ya no existen, le diría, pero Cecilia tiembla, tal vez he acabado por hablar sin darme cuenta, me mira y aprieta mi mano. Hay un brillo de compasión en sus ojos cuando me lo dice, *no estamos muertos, Tristán, estamos locos.*

VANIA

A J., porque anoche soñé que volvíamos a Manderley

Hacia las cinco vinieron los de focsa y se llevaron al pobre Vania envuelto en un montón de bolsas de basura. Joaquín se negó a taparle la cara, como si temiera que pudiera asustarse. Dicen que los perros no distinguen la luz de la oscuridad, pero nosotros no acabábamos de creerlo y si alguna vez salíamos por la noche dejábamos encendido uno de los focos del pasillo. Invariablemente, el primero en regresar se encontraba a Vania moviendo el rabo, tumbado sobre la franja de baldosas iluminadas.

Los dos tipos con uniforme naranja lo cargaron a peso, sin hacer ningún comentario. Joaquín y yo salimos a abrirles la puerta y los vimos bajar el primer tramo de escaleras. Se veía que estaban acostumbrados a transportar cadáveres de animales domésticos y resultaba sorprendente la rapidez y eficacia con que ejecutaban cada uno de sus movimientos, a pesar de que Vania había engordado mucho en los últimos meses y debía de pesar más de treinta kilos. Cada vez que alcanzaban un nuevo peldaño veíamos la cara de Vania oscilar de un lado a otro, como si fuera un niño dormido con expresión bobalicona en brazos de su padre, después de una tarde en las ferias. Estaba pensando lo mismo que él, pero Joaquín lo dijo primero.

—Menos mal que tiene los ojos cerrados.

Cuando alcanzaron el rellano del tercero los perdimos de vista, aunque todavía podíamos escuchar el eco de su voces. Hablaban del Barça-Madrid que se jugaba aquella tarde. Ni siquiera nos movimos al escuchar el ruido del portal al cerrarse, nos quedamos quietos como estacas en el rellano con los ojos fijos en el hueco de la escalera. Después de un rato uno de los dos, no recuerdo quién, tiró del otro y regresamos adentro. En el suelo de la cocina

seguían las bolsas llenas de comida que habíamos abandonado de cualquier manera unas horas antes, cuando al volver del súper descubrimos el cuerpo de Vania tumbado grotescamente inmóvil junto a la mesa del salón. Había un charco de agua alrededor de la que contenía los congelados. Joaquín le dio una patada al tambor de detergente. Yo fui a por la fregona.

Mientras recogía el agua sucia y guardaba las cosas en el frigorífico y los armarios me encontré recordando cómo nos habíamos conocido los tres, una mañana de lunes, diez años atrás. Yo había salido tarde del bar donde hacía extras el domingo por la noche y no me sentía con fuerzas suficientes para aguantar la clase del profesor Herrán, un tipo sordo del departamento de Teoría, experto en Joyce. La voz monocorde de Herrán contando las veinticuatro interminables horas en la vida de un fracasado con el rumor del estanque de fondo era más de lo que podía soportar aquella mañana y aunque eran casi las nueve me resultaba imposible acelerar el paso. Me veía a mí misma atravesando a cámara lenta la plaza San Francisco para hacer más largo el camino cuando escuché un leve quejido, que al principio no supe identificar. Me detuve en seco, y miré en dirección a los cuatro árboles escuchimizados que acababan de plantar los de Parques y Jardines en aquella plaza seca, árboles de ciudad y tronco gris a los que nunca terminaban de salirles las hojas. Traté de ubicar aquel llanto de criatura pequeña, y al final supuse que provenía de la bolsa negra de plástico que estaba atada a la fuente verde, junto a los columpios. Caminé hacia allí, atenta al quejido un poco más intenso cada vez, mirando aquellos árboles con pinta de chivatos que parecían señalar la fuente con un leve temblor de ramas, sin percatarme de que un chico alto y moreno que venía en dirección contraria hacía justamente los mismos movimientos que yo, como si fuésemos dos alfiles de ajedrez ciegos, condenados a encontrarse en la misma casilla. Recuerdo que mientras me acercaba iba pensando que no debía hacerlo, que iba a llegar tardísimo a clase, pero mis pasos me llevaron hasta la fuente, y me arrodillé junto a la bolsa de basura y deshice el nudo. Pude sentir a través del plástico el bullir de un cuerpo cálido, y otro peso aún más leve que permanecía quieto en el fondo. Primero saqué con cuidado aquella bola de pelo que latía y lloriqueaba y me encontré cara a cara con un cachorro mestizo, tal vez un cruce de pastor alemán, con la trufa negra, ciego todavía. El perrito siguió temblando pero dejó de quejarse al sentir el contacto de otro ser vivo, por eso no me atreví a

soltarlo, y juntando todo mi valor retiré con la otra mano el plástico que no me dejaba ver el resto del contenido de la bolsa. Era otro cachorro, idéntico pero algo más pequeño, solo que este ya no se movía. Suspiré, y entonces noté que alguien se arrodillaba a mi lado.

—Yo también lo he oído llorar. ¿Me dejas verlo?

Levanté la vista y me encontré al hombre más guapo que había visto en mi vida. Un tipo moreno, con cazadora de motorista y hoyuelo en el mentón.

Me olvidé completamente de mi clase de Teoría de la Literatura. Aquel chico dijo llamarse Joaquín e insistió en arropar al cachorro vivo con su chupa de cuero y en ocuparse del hermanito que había tenido menos suerte. Dijo que iba a llamar a un amigo suyo, veterinario, para ver si se podía quedar con el perrito muerto en el congelador de la consulta, hasta que a última hora de la tarde pasaran a recogerlo los del ayuntamiento. Nos separamos en la esquina de mi calle, nadie tenía móvil todavía y recuerdo que le apunté en una hoja de cuaderno el teléfono de casa, para poder quedar aquella tarde y devolverle la cazadora. Lo demás vino rodado, a la primera cita en mi patio le siguieron otras menos cavernosas y como a ambos nos apetecía seguir viéndonos pero no lo decíamos, echamos mano de la imaginación e inventamos mil pretextos, casi siempre relacionados con el cachorro, que un mes después ya había abierto sus ojos almendrados pero seguía sin tener nombre. Habíamos descubierto que discutir acerca de cómo iba a llamarse era todo un filón, y aquel invierno pasamos muchas horas en la cafetería de la plaza, emborronando servilletas de papel con listas de palabras que íbamos tachando entre *capuccino* y *capuccino*. Nombres de bebidas, como ron o whisky, de lugares que los dos soñábamos visitar, como El Cairo o Brooklyn, de astros cinematográficos, como Humphrey o Valentino... Afortunadamente, Joaquín se decidió a besarme a través de la mesa una tarde de diciembre, y yo pude decir en voz alta lo que sabía desde hacía varias semanas: el cachorro se iba a llamar Vania. Pareció encantarle.

—Vania, ¿como Vania el forzudo? Joder, de crío me leí ese libro leí unas ochenta veces.

—Sí, y como el tío Vania, de Chéjov, tuve tiempo de apuntar yo en plan repelente, antes de que él me callara la boca con otro beso.

A partir de entonces fui todavía menos a la facultad y me dediqué en cuerpo y alma a disfrutar de aquellos dos regalos que el destino había tenido

a bien hacerme una mañana de lunes. Me afané en darle en biberón cada dos horas a un cachorro con pinta de lobito bueno, y salía al rellano en bikini o incluso desnuda para dar la bienvenida a aquel tiarrón moreno, cada vez que lograba escabullirse de la fábrica de frutas de Aragón de sus padres y se plantaba en mi cuchitril de la calle Catania. Me encantaba todo aquello: el papel floreado de las paredes, la azotea donde nos podíamos tumbarnos a tomar el sol en pelotas, el viejo teléfono de baquelita colgado en la pared del cuarto de estar, que no funcionaba casi nunca y que cuando lo hacía era para traer en cada conversación un rumor de fondo como de caracolas. Me encantaba sentir que los tres formábamos parte de aquel pisito medio asmático. Para cuando le pusimos las vacunas a Vania y pudimos sacarlo a pasear, el chico de la chupa de cuero y yo ya estábamos viviendo juntos.

Fueron tiempos felices. Joaquín y yo lo compartíamos todo, macarrones, lecturas y alquiler. Él sacaba a Vania por la mañana temprano, antes de marchar a la fábrica, donde trabajaba como ingeniero y chico para todo. En junio yo conseguí terminar la carrera a trancas y barrancas y algún tiempo después encontré un empleo de correctora de pruebas en una editorial donde me hicieron un contrato de prácticas. Me pagaban una mierda y tenía que desplazarme a un barrio de las afueras, pero era insultantemente feliz y a mediodía me gustaba regresar a casa en el autobús, medio adormilada, pensando que tenía un novio que olía a chocolate y un perro que me recibía siempre como si volviera de una expedición a la Antártida. Era feliz así, mientras Joaquín y yo le dábamos el paseo de las tres por la plazuela donde nos lo habíamos encontrado, observando cómo crecía e iba transformándose en un hermoso lobo adulto, de pelaje rojizo y ojos almendrados. Un animal misterioso y noble, que caminaba a mi lado e insistía en dormir a los pies de nuestra cama, como un guardián. Por la noche, después de cenar, Joaquín y yo volvíamos a sacarlo un rato, entonces caminábamos cerca de una hora con Vania trotando a nuestro alrededor y recorríamos el Parque Grande, apenas iluminado por una franja de farola dubitativa. Después regresábamos de la mano al piso y nos metíamos en la cama, muertos de sueño pero sintiendo que no se le podía pedir más a la vida. Me gustaba dormir con la parte de arriba del pijama de Joaquín y saber que por la mañana, antes de irse al trabajo, me traería el desayuno a la habitación. Mientras escurría la fregona por última vez sonreí, recordando que el café que preparaba por aquel

entonces era el mejor que había probado en mi vida, sabía medio dulce y medio amargo, pero nunca había logrado arrancarle el secreto de su preparación.

Entonces mi mirada tropezó con el comedero de Vania y el bol en el que bebía agua, que seguían estando en el lugar de siempre, junto a la puerta de la despensa. En su interior todavía asomaban unas cuantas bolitas de pienso marrón. Sin pensarlo, cogí el bol de acero inoxidable, lancé el agua por el fregadero, y luego metí ambos recipientes en el cubo de la basura, mientras podía escuchar cómo Joaquín se sonaba la nariz en el baño y hablaba con alguien por teléfono. La correa roja estaba encima de una de las sillas de enea, pero no fui capaz de tirarla. Decidí guardarla como recuerdo de un tiempo mejor, en el que todavía éramos solo tres.

¿Cuándo empezó a cambiar todo?, me pregunté en voz baja.

Tal vez cuando yo insistí en que el siguiente paso era comprar un piso con una habitación más, por lo que pudiera pasar. Un piso nuevo y frío, con *parqueten* el suelo y ventanas de aluminio blanco al que intentamos trasplantar nuestra vida. O cuando Joaquín, harto de pedirles a sus padres un aumento de sueldo que nunca llegaba, llamó al teléfono indicado en un anuncio del periódico y terminó trabajando en una empresa de venta de hormigón, encantado porque allí no se pringaba de chocolate y todo el mundo, incluido el jefe, los compañeros de sección, pero sobre todo Lola, la secretaria rubia de las oficinas, era muy amable con él. Comprendí de golpe que en los últimos tres o cuatro años pequeñas rutinas como la del paseo con Vania nos habían permitido hilvanar una precaria normalidad. En algún punto del camino, no sabría decir cuál, Joaquín dejó de llamarme a la hora del almuerzo y empezó a quedarse a comer en un bar del polígono con Lola, porque eran los que vivían más lejos de la fábrica y se les iba el día en viajes de ida y vuelta, según me explicó. Yo volvía de la editorial, y al principio le esperaba viendo la tele y bebiendo Coca-Cola, con Vania tumbado a mis pies. Con el tiempo nos pusimos internet en casa y las largas horas de navegación sustituyeron a la tele. Conocí en un chat a algunos tipos de *nicks* disparatados con los que mantenía sexo virtual de vez en cuando. Otras veces no hacía nada, permanecía sentada en un sillón hasta que oía el sonido culpable de la llave de Joaquín horadar la cerradura.

Sobre las ocho salíamos de casa, Joaquín ya había empezado a fumar y

solía encender un cigarrillo, mientras miraba nervioso el reloj. Apenas decíamos nada y a veces íbamos cogidos de la mano, pero aquel gesto, como todos los demás, había perdido su significado inicial y apenas era ya un remedo de sí mismo. Las manos entrelazadas de dos caminantes que no encontraban el camino de vuelta, el contacto desmayado de dos suicidas, cuyos dedos rígidos se buscaban en la oscuridad y enhebraban algo parecido a una oración. Andábamos una hora y luego regresábamos con Vania, siguiendo fatigosamente nuestros pasos. Nos soltábamos al llegar al portal y ya arriba yo me metía casi corriendo en el baño. Me lavaba los dientes y me ponía el pijama, hacía pis mientras escuchaba el trasiego de Joaquín en el cuarto de al lado, cambiándose de ropa, listo para salir. Por entonces ya solo regresaba a casa de madrugada, para darse una ducha y recoger la ropa del trabajo. Algunas veces estaba a punto de preguntarle por qué no se llevaba el uniforme a casa de aquella mujer para ahorrarse un viaje, pero siempre acababa callando cuando pasaba a su lado camino de la cama, con un libro en la mano. Arrugaba la nariz al notar su colonia cuando se despedía diciéndome *buenas noches, que descanses*, pero ni siquiera protestaba. Ya no había ni rastro de chocolate en su piel, por entonces ya solo olía a aquella colonia dulzona mezclada con tabaco que había empezado a usar las últimas Navidades y que dejaba una estela pestilente al alejarse en dirección a la puerta, mientras Vania le acompañaba moviendo el rabo y se quedaba allí hasta que se perdía el sonido de sus pasos, bajando de prisa las escaleras.

Los dos nos aferrábamos a aquellos rituales cotidianos porque nos salvaban de pensar en el gran abismo que había entre nosotros, el foso en el que se había precipitado, como un niño perdido, aquel amor que antes nos parecía a prueba de bombas. A ratos nos conformábamos pensando que la mala racha pasaría, que debajo del cansancio y las traiciones seguíamos estando nosotros. No teníamos fuerzas para mencionar lo que ambos sabíamos que iba a ocurrir desde hacía tiempo.

Joaquín guardó unas cuantas cosas en una vieja bolsa de deporte y luego me mintió en voz alta por primera vez. Me dijo que se volvía a casa de sus padres «por un tiempo», hasta que los dos hubiéramos decidido qué hacer con nuestras vidas. Le acompañé hasta la puerta. Tenía los ojos enrojecidos al besarme en la frente, y antes de salir, sin volverse a mirarme, me lo dijo.

—En el armario de las especias hay un bote de vainilla. Pon media varita

dentro de la cafetera justo antes de que empiece a salir el café. Solo media, si no resulta demasiado dulce.

Me quedé mucho rato de pie, detrás de la puerta cerrada. Después volví a la cocina, metí la correa de Vania en el bolsillo de mi cazadora y salí a dar el paseo de todas las noches.

ABIERTO PARA FANTOCHES

*De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo.
Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y
quizá descortés revelarle que era un fantasma, un hermoso fantasma.*

Jorge Luis Borges

¿Dónde vas así, hija? Si estás hecha un fantoche

(Mi madre, un sábado por la tarde de hace quince años)

ADA NEUMAN

Debo confesar que la mañana de sábado en que Ada Neuman se trasladó a nuestro edificio ya le tenía cierta ojeriza. No en vano, el ruido incesante de las obras en su piso había conseguido destrozarme los nervios durante las semanas previas a la mudanza, y, para colmo, los tipos que le trajeron los muebles el día anterior me habían despertado al llamar por error al timbre de mi casa cuando ni siquiera habían dado las ocho de la mañana. Me desahogué diciéndoles de todo por el portero automático antes de colgar, y Javier me gritó desde la cama que estaba loca. Escuché que una voz femenina, como de locutora de radio, decía *Aquí Ada Neuman, suban, por favor*, desde otro interfono y les abrió la puerta. Me pareció que tenía un poco de acento argentino y que su propietaria debía de ser rubia y aficionada a los albornoces blancos de felpa. Minutos después me acerqué a la mirilla y vi una pareja de sillones de color marfil, descansando apacibles en el rellano como dos elefantes blancos, hasta que llegaron tres diminutos ecuatorianos y se los llevaron adentro. Entonces me asomé a la ventana y comprobé que en un lateral de la furgoneta aparcada junto al portal estaba dibujado el anagrama del almacén de muebles más caro de la ciudad, un raquítico arbolito verde que parecía pintado por un niño de primaria. Me pasé un buen rato ocupada, porque aquellos sillones fueron las primeras piezas de un desfile de mobiliario selecto que se prolongó hasta muy entrada la tarde. A través de la mirilla vi a los resoplantes ecuatorianos trasladar una mesa baja de mármol travertino, un jarrón rojo de porcelana china en el que podía haberse plantado con toda tranquilidad una palmera, una cama blanca de dosel que arrastraba un cortinaje de seda de varios metros de longitud; por no hablar del secreter renacentista de palosanto o el piano blanco de cola que trajeron los empleados de una céntrica tienda de instrumentos musicales a mediodía.

Hasta aquel momento, de la futura propietaria del 3.º B solo sabía su nombre, que había descubierto grabado en el buzón contiguo al nuestro, tres o cuatro semanas antes. *Ada Neuman*, decía la placa de bronce envejecido. Me llamó un poco la atención aquel «Ada», escrito en cursiva y sin «h», pero justo entonces pasé la mano por el interior de nuestro cajetín y extraje un sobre rectangular del banco. Con un respingo, intuí la amenaza latente de un recibo inesperado y me olvidé por completo de la nueva vecina.

Después había venido lo de la dichosa reforma integral. Durante quince días, de lunes a domingo, una brigada de albañiles rumanos vestidos de un blanco impoluto tomó al asalto el edificio, adueñándose del ascensor desde primera hora de la mañana y dejando en el suelo un harinoso sendero grisáceo que trazaba la línea del espacio conquistado por aquella turba de gigantones silenciosos. El rellano adquirió en apenas dos semanas el aspecto de un vertedero montañoso, lleno de enormes sacos de escombros y tuberías consumidas por el óxido, recién extirpadas de las paredes. La furia rítmica con que el escoplo de los rumanos golpeaba las baldosas del cuarto del baño y la cocina de *Ada Neuman* hasta que se hacían añicos contra el suelo tenía algo de telúrico. Aquel martilleo me despertaba cada mañana con la brusca sensación de que una falla acababa de resquebrajar los cimientos de nuestro bloque y me arrojaba sin remedio al interior de un pozo abisal, poblado por extrañas criaturas de alcantarilla. Tardaba todavía unos instantes en recobrar la noción del tiempo y del espacio, crucificada sobre el edredón, como si acabara de estrellarme contra la cama. Me arrastraba a la cocina y miraba el reloj de pulsera a través de las últimas telarañas del sueño, maldiciendo a aquella mujer del nombre imposible y a su disciplinada cuadrilla de albañiles. En ocasiones comprobaba al borde de la crisis nerviosa que apenas hacía media hora que había conseguido dormirme, porque una terrible ola de calor azotaba la ciudad en aquellos días y yo pasaba las madrugadas en vela, escuchando el monólogo intermitente de un grillo en algún balcón cercano con los ojos abiertos, hasta que un cielo de sucio malva se iba colando a través de las rendijas de la persiana.

Y todo porque a principios de junio, Javier se había sentado ante la mesa de la cocina con su libreta de gastos y tras dos horas de cuentas emborronadas terminó reconociendo que con nuestros escasos ahorros no nos alcanzaba para instalar el aire acondicionado en los dormitorios, tal y como

habíamos previsto hacer. De hecho, admitió mi marido con un cabeceo triste, ni siquiera podíamos plantearnos comprar un aparatito portátil para ir refrescando por turnos cada habitación. La historia no era nueva. El verano anterior nuestro viejo Ford Fiesta se había declarado muerto en medio de una de las calles más céntricas de la ciudad y tuvimos que invertir la extra de julio y parte de lo poco que habíamos conseguido ahorrar. Esta vez, la ortodoncista de Carlota nos había mostrado en su consulta la radiografía de una pequeña sonrisa de calavera. Al parecer, la desviación que se apreciaba en los incisivos de nuestra hija podía llegar a deformarle el labio si no se le ponía remedio a tiempo, así que dos filas de espantosos y carísimos hierros correctores salieron de la nada y escalaron la lista de prioridades domésticas situándose en el número uno, mientras yo me resignaba a desempolvar el esquelético ventilador del armario de la terraza, un verano más.

El resultado de aquella decisión fue que Carlota berreaba todas las mañanas a la hora del desayuno, mientras yo, cada vez más ojerosa y parecida a un zombi, perdía los nervios y le obligaba a ponerse el aparato a bofetada limpia. Por la noche ninguno de nosotros lograba conciliar el sueño. De vez en cuando Carlota chillaba pidiendo agua y se oía a Javier hijo maldecir los dientes torcidos de su hermana desde la terraza. Había decidido trasladarse allí, con la colchoneta hinchable de *camping* de cuando aún podíamos permitirnos unas vacaciones en la playa. Mientras, yo trataba de dormirme contando las vueltas que Javier padre daba en su mitad del colchón, imaginando el cerco que el sudor de su cuerpo iba a trazar a lo largo de las horas en la sabana bajera. Una silueta fantasmal que traspasaría el somier y me obligaría a cambiar la ropa de la cama en cuanto nos levantásemos a la mañana siguiente. El sueño no llegaba y a cada minuto notaba el camisón blanco de verano pegándose más y más a mi piel, hasta hacerme sentir como un caramelo chupado por un niño, con una banda de papel blanquecino empapado en saliva caliente rodeando mi cuerpo. Aunque el bochorno resultaba abrasador no me atrevía a desnudarme del todo, por miedo a lo que Javier pudiera pensar al girarse. Yo no estaba para muchas fiestas, la verdad. Me desesperaba permanecer despierta durante aquellas largas horas nocturnas en las que el calor atrapado en el asfalto durante el día reptaba por la fachada del edificio como una bestia con dedos de alquitrán.

¿Cómo no iba a odiar a Ada Neuman, que vivía sola, compraba muebles

de diseño y tenía una voz ronca y suave a la vez, de mujer rubia, fumadora y aventurera? Pero lo peor, por increíble que parezca, aún estaba por venir, solo que yo todavía no podía ni imaginarlo. Muchas veces me atormento diciéndome lo estúpida que fui, reprochándome el no haber sido capaz de avistar a través de la mirilla el peligro que se cernía sobre nosotros. Ada Neuman era el cataclismo con el que yo soñaba a veces en esas noches de calor febril, y no supe verlo.

Aquel sábado por la mañana Ada Neuman bajó de un coche negro que parecía de charol, con un vestido de tirantes y falda de vuelo, estampado con enormes dalias blancas. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo y grandes gafas de sol. Me pareció que era morena y menuda, pero no puedo asegurarlo, porque enseguida se metió en el patio, mientras el conductor del coche descargaba del maletero dos enormes maletas blancas, que centellearon bajo el sol de la mañana como si fueran de nácar. *Ahí está su ropa, toda de marca, seguro*, me dije sin apartar los ojos de ellas, mirando al hombre guapo y trajeado seguir los pasos de Ada Neuman, igual que un vulgar botones de hotel.

No me di cuenta de que Carlota dejaba de ver los dibujos animados en el salón y se escabullía al rellano para saludar a la nueva vecina. Seguía demasiado abstraída en el lomo negro y resplandeciente del Mercedes como para percatarme de que mi hija se quitaba el corrector dental y salía al encuentro de Ada Neuman y sus maletas. Cuando dejé mi puesto de vigilancia y me dirigí a la cocina para poner la cafetera al fuego ya era tarde. La puerta de casa estaba abierta y tras un momento de pasmo corrí afuera, temiéndome lo peor. Lo cierto es que en el descansillo solo encontré las dos maletas de Ada Neuman colocadas una frente a otra en posición horizontal, y a Carlota parada junto a la más grande, moviendo los brazos y admirando el reflejo de sí misma que le devolvía la superficie perlada, como si fuera un espejo mágico. En el interior del piso vecino se escuchó entonces el murmullo suplicante de un hombre, después una risa burlona y una voz femenina hablando en francés. Por último, el sonido de unos tacones alejándose por el pasillo. Sin saber muy bien por qué le di un tortazo a mi hija y la arrastré adentro, pero no pude evitar escuchar la puerta del 3.º B cerrándose lentamente, dejando aquellas dos maletas de actriz de cine abandonadas en el rellano, con el reflejo de una niña de siete años atrapado

para siempre en su interior.

No sabíamos a qué se dedicaba aquella mujer, tan solo que su casa estaba siempre llena de hombres que entraban con ojos de hechizados en el ascensor y se olvidaban hasta de decir adiós al salir, obsesionados por pulsar cuanto antes el melodioso timbre de la puerta de Ada Neuman. Siempre tardaba mucho en abrir, así que no me daba tiempo de verla, por más que me entretuviera fingiendo buscar las llaves en el bolso. El visitante se quedaba esperando en el rellano diez o quince minutos más mientras yo me resignaba a entrar al fin en casa, prometiéndome a mí misma que en la próxima reunión de la comunidad me quejaría de que la puerta lacada en blanco de esa advenediza se cargaba de un plumazo la armonía integral del rellano.

Un día mandé a Javier hijo a comprar el pan y la leche en la tienda de la esquina. Aceptó a regañadientes, como de costumbre, pero volvió encantado, diciendo que se había encontrado con la nueva vecina en el portal y habían subido juntos en el ascensor. Después se pasó media hora describiendo el perfume floral de su larga melena pelirroja, y el elegante vestido largo de terciopelo verde botella que llevaba puesto. Durante la comida explicó con minuciosidad de astrónomo la lluvia de pecas estrelladas que adornaban su escote y evocó el porte de violinista rusa de la vecina. *¿Rusa?*, le pregunté,

¿Ada Neuman es rusa? Me asusté mucho cuando mi hijo de trece años respondió con voz grave, *No, mamá. Ada Neuman es un ángel. Eso es lo que es.* Curiosamente, a partir de entonces Javier hijo no volvió a protestar por tener que dormir en la galería causa del calor. Una mañana temprano, al abrir la puerta de la terraza para ventilar el salón, descubrí el motivo: una hilera de sujetadores y diminutas bragas de color amatista ondeaban en el tendedor de Ada Neuman, y mi hijo permanecía despierto en su colchón, vigilando la cuerda de nuestra vecina, leyendo con ojos hipnotizados aquel pentagrama de notas azules.

Pero el principio del fin habría de comenzar de forma oficial una de aquellas tórridas madrugadas, cuando mezclado con los ruidos habituales de la casa distinguí de pronto un sonido nuevo, distinto al crujir reumático de la librería en el salón y al tartamudeo del agua cayendo en la cisterna del piso de abajo. Al principio fue solo un rumor localizado detrás de la pared de nuestro dormitorio, pero pronto aquel siseo pareció extenderse como una cola invisible de dragón por todas las habitaciones en la casa vecina, levantando

una corriente de aire fresco a su paso que yo podía sentir a través del tabique, con la garganta seca de un abandonado en el desierto. Comencé a sollozar, desesperada y sedienta, cuando comprendí que Ada Neuman se había hecho instalar un sofisticado sistema de refrigeración integral en su piso. A mi lado, tumbado boca arriba, Javier permanecía tan despierto como yo, pero no dijo nada. Ni siquiera me preguntó qué era lo que me pasaba. Escuché el ronroneo de aquel céfiro artificial durante horas, imaginando el balanceo lúbrico de las cortinas de gasa blanca de la cama de Ada Neuman, el siseante avance del frescor por el pasillo, colándose en la boca del jarrón rojo hasta producir una misteriosa música de tuba en su interior, un rumor marítimo de caracola cuya belleza solo yo era capaz de valorar en su justa medida. El aire fresco mecería las partituras olvidadas sobre el piano y llegaría a la terraza girando, agitando la ropa interior de Ada Neuman como si fuera una bandada de anémonas despidiéndose, ante la atenta mirada de mi hijo Javier, insomne ahora por voluntad propia. Creo que di algunas cabezadas y llegué a soñar durante unos segundos con el paisaje submarino de las prendas íntimas de aquella mujer, ondulando al compás del aire fresco, inalcanzable, cuando de pronto me sobresaltó el sonido de la puerta de la calle cerrándose con sigilo. Miré al otro lado del colchón y solo encontré la huella del cuerpo de Javier en las dunas húmedas de la sábana.

Durante las semanas que siguieron, los tres miembros de mi familia se convirtieron en auténticos maestros del juego del escondite inglés. A mí siempre me tocaba hacer de gallinita ciega y fingía no enterarme de que Javier hijo desaparecía justo al mismo tiempo que el piano de cola blanco comenzaba a desgranar una tristísima rapsodia en casa de Ada Neuman, mientras restregaba con rabia la esponja amarilla por la espalda de Carlota, quien unos minutos antes había venido a abrazarme la mar de mimosa y con su patito de goma en la mano, pidiéndome que la bañara como cuando era pequeña. Otras veces, Javier hijo vendaba mis ojos requiriendo uno de aquellos flanes temblorosos que antes solía hacer los domingos, y Carlota aprovechaba para deslizarse a través de una mínima rendija de la puerta y asomarse al maravilloso mundo de superficies especulares del piso vecino. En ocasiones los dos me cogían de la mano de pronto y me arrastraban junto al televisor, saltando y riendo como una pareja de muñecos articulados porque a media tarde se les antojaba que viésemos juntos un estúpido

concurso de ruletas giratorias, mientras Javier padre, recién llegado de la oficina, jugaba al juego de las puertas hasta la hora de la cena.

Aguanté todo lo que pude, lo juro. Pensé que al final ellos se darían cuenta de que yo era su madre y esposa, pero Ada Neuman se reveló una adversaria formidable. Fue quitándomelo todo, como una araña tiró del hilo plateado y se llevó con ella los cepillos de dientes de Carlota, Javier hijo y Javier padre, dejando al mío del todo solo, como una flor lánguida en el vaso de cristal del lavabo. Una tarde de mediados de julio Carlota me dio un beso en la mejilla y me pidió permiso para bajar a jugar a la plaza con una amiga de la escuela. Yo sabía que mi hija era una antisocial y que tal amiga no existía, pero aun así no tuve valor para negarme ni para ordenarle que antes de salir se pusiera el corrector dental. A las nueve de la noche no había regresado, pero Javier hijo, Javier padre y yo hicimos como que no ocurría nada y nos sentamos a la mesa, evitando mirar la sillita vacía cada vez que nos pasábamos la cesta del pan, con una amabilidad de la que ni siquiera nos sabíamos capaces. A la tarde siguiente fue Javier hijo quien, risueño, desapareció sobre las siete para acudir a sus clases de recuperación en la academia de inglés. Tampoco regresó, así que después de cenar su padre y yo nos sentamos en el sofá y vimos en silencio un documental acerca del asma infantil que ponían en La 2, hasta que se hizo la hora de acostarse. Al abrir la puerta de la terraza para que corriera algo de aire, vi la colchoneta roja de Javier hijo en el suelo y pensé en un animal atropellado. Por primera vez en mucho tiempo, Javier padre me dio un beso en la mejilla antes de girarse para dormir.

Hoy me he tropezado a Carlota en el ascensor. Yo venía cargada de bolsas del súper y me ha esperado con la puerta abierta y una enorme sonrisa en los labios. Me ha preguntado a qué piso iba. Le he dicho que al mismo que ella. Ha sonreído al pulsar el botón. Ya no necesita ponerse de puntillas y he recordado que está a punto de cumplir nueve años al mirar su nuevo corrector de dientes. Es de plástico rosa y le gusta mostrarlo, por eso sonríe todo el tiempo. Ha salido dando saltitos de la cabina hasta llegar a la puerta de Ada Neuman. Entonces se ha girado un momento y ha vuelto a sonreír.

—Que tenga un buen día, señora Rodríguez —ha dicho con voz cantarina, antes de entrar en su casa.

EL JUEGO

Sigo castigada. Al asomarme a la puerta entornada de mi cuarto escucho el rumor de sus voces a través del hueco de la escalera. Mi madre solloza bajito, mi padre sube el tono cuando habla de ese sanatorio suizo en el que el doctor Ocampo le ha recomendado internarme. Escucho el sonido de sus pasos, *ploploplop*, y su voz acercándose y alejándose luego, porque no deja de moverse de un lado para otro como el tigre amarillo del zoológico. Camina con las manos a la espalda como cuando está muy enfadado, mientras mamá llora sentada en su sillón, con las piernas muy juntas y un pañuelo blanco hecho una bola entre las manos. *Hay que tomar una decisión, Mercedes*, le dice mi padre, y después se hace el silencio.

Van a llevarme allí, no sé si Laurita vendrá conmigo, pero a mí seguro que me llevan. *Tú tienes la culpa*, le digo muy enfadada, girándome desde la puerta. Mi hermana gemela Laurita sonrío, sentada sobre la cama y encoge los hombros. Está acostumbrada a librarse de todos los castigos; pese a que yo solo hago lo que ella me ordena, siempre se libra.

Me cortarán el pelo al cero en ese asqueroso colegio para niñas malas, me pondrán un vestido de arpillera, me encerrarán en un cuarto lleno de ratones y cucarachas y solo beberé el agua de lluvia que pueda recoger en la palma de la mano, a través de los barrotes de un ventanuco. Les he dicho la verdad y no me han creído. Tengo miedo. Ahora lloro bajito, *hihihi*, como nuestro *cocker* Jasper, tumbado a la sombra de su salsa favorita cuando me acerqué a él con el trofeo de papá en la mano. El año pasado mi padre se quedó tercero en el torneo del club y le dieron aquel ridículo señor de bronce, con gorra y un palo de golf levantado, que pesaba una burrada. De verdad que yo no tenía nada en contra del pobre Jasper, fue mi hermana Laurita, como siempre, la que me ordenó que tomara el trofeo de la vitrina y lo atara a un extremo de

nuestra cuerda de saltar, quien me susurró que Jasper sufría mucho por culpa del reuma y era mejor para todos que anudara muy fuerte el otro extremo del saltador a su cuello. Me negué al principio, como de costumbre, pero Laurita me dijo que entonces jugaríamos *a lo de la muerte*, y eso sí que no.

Jasper estaba ciego y apenas podía mover las patitas de atrás porque ya tenía doce años. Lloriqueó bajito cuando me arrodillé junto a él para acariciarle sus orejas, largas y rizadas como la peluca de un rey francés, y no dejó de hacerlo mientras lo llevaba en brazos hasta el borde de la piscina. Después lo vi patalear en la superficie, tratando de mantenerse a flote, pero enseguida le fallaron las fuerzas y se fue al fondo. Al mirarlo allí abajo, tan quieto, pensé que ya no daba tanta pena, porque en realidad no parecía un perrito, sino más bien la sombra de una araña negra y muy gorda. Al cabo de una hora Laurita y yo estábamos tumbadas tan tranquilas sobre mi cama, leyendo a medias un libro de «Los Cinco» que nos gusta mucho, cuando escuchamos el alarido de mi madre en el jardín.

La verdad es que en los últimos tiempos Laurita está muy pesada, pero mi padre no cree una palabra de lo que digo, y mamá se echa a llorar cuando acuso a Laurita de obligarme a hacer cosas. Claro, ellos no tienen que aguantar el juego de la muertita, si no también harían todo lo que ella les pidiera. *Detesto ese juego, mamita querida*, le confesé a mi madre la penúltima vez, *Laurita es mala y dice que se morirá delante de mí si no le obedezco*. Pero mamá me miró como si no entendiera, con sus ojos abiertos como platos y algunos fragmentos de su muñeco Otellito entre las manos, sin dejar de susurrar una y otra vez, *¿Por qué lo has hecho, Victoria, por qué?* Ella no se imagina la pena que me dio estampar contra el suelo el muñeco negro de porcelana que había pertenecido a mi abuela de Cuba. Hasta tuve que cerrar los ojos para hacerlo. Sabía que aquel bebé de color chocolate, que tenía las manitas gordezuelas levantadas como si estuviera muy contento y fuera a empezar a aplaudir de un momento a otro, era el último recuerdo que le quedaba a mi mamá de la suya. Era lindo de verdad, Otellito, tan lindo, sonreía con la boca abierta y tenía los dientes muy blancos, y hasta un poco de pelusilla negra muy rizada en lo alto de su cabecita. Mi abuela Silvia le había tejido el jersey y el pantalón de punto azul celeste que llevaba, también los diminutos patucos con botones de nácar, y mamá lavaba a mano aquellas prendas cada semana para evitar que cogieran polvo en lo alto del armario.

Luego, mientras la ropa se secaba a la sombra, envuelta en una toalla blanca como si fuera un tesoro, frotaba con un paño húmedo los brazos y las piernas de Otellito, su cara de negrito feliz, y tarareaba una canción de cuna que la abuela Silvia le había enseñado cuando vivían en La Habana. Yo sabía cómo iba a dolerle encontrar a Otellito hecho trizas, que también a ella se le iba a partir el corazón en un montón de pedazos pequeños que nadie iba a poder recomponer, pero Laurita se cruzó de brazos y agitó la cabeza de un lado para otro mientras yo le suplicaba y le ofrecía mis canicas de vidrio azul, la bañera con patas de latón de mi casa de muñecas, hasta el guardapelo de oro que me regaló nuestra madrina. *Qué tonta eres, me dijo, ¿para qué quiero un guardapelo que tiene dentro un mechón mío, si puede saberse? Rompe el muñeco o jugamos,* dijo, y lo siguiente que recuerdo es que me subí a una silla para alcanzar al inocente de Otellito, que estaba allí, como siempre, sentado en su esquina del armario de nogal de mis padres, tan feliz. Ni siquiera el terrible golpe contra los azulejos consiguió quitarle la sonrisa de los labios, tan solo se la partió por la mitad.

Me alejo de prisa de la puerta porque escucho los pasos cansinos de mi madre al pie de la escalera. Corro hacia la cama y empujo con brusquedad a Laurita, para que me haga un sitio. *Disimula, viene mamá,* le digo entre dientes, así es que nos sentamos a lo indio y nos ponemos a jugar a piedra, papel o tijera. Mamá se detiene junto a la puerta y da dos golpecitos muy suaves. Pregunta en un susurro, *¿Estás ahí, Victoria?*, con una voz tan triste que me tiembla la garganta al contestarle que sí, que estamos las dos, aquí, jugando tan tranquilos. Mamá ahoga un sollozo al otro lado, lo sé, y espera un poco con la mano puesta en el tirador antes de entrar. Laurita y yo no decimos nada cuando la vemos aparecer, tan solo sonreímos de oreja a oreja para que se calme y vea que todo está bien ahora. Pero mamá no sonrío. Parece un fantasma triste, le están saliendo canas plateadas por toda la cabeza y ese horrible vestido negro dos tallas más grande le queda fatal. Se sienta en la cama de Laurita y arregla el cojín en forma de corazón. Después me mira.

—Victoria. ¿Por qué?

Ya estamos. Solo me habla a mí, como siempre, y la sonrisa se borra de mi rostro. Me enfado, me estoy poniendo roja. Quiero que me crea y empiezo a contarle otra vez, desde el principio *lo de la muertita*, para que vea que no miento. Cierro los ojos. Le digo que Laurita se empeñó en jugar a eso por

primera vez un domingo por la mañana, a la vuelta de misa, y que luego insistía siempre en volver a hacerlo. Le cuento cómo subíamos corriendo escaleras arriba, mientras papá se quedaba leyendo el diario en la sala de estar y ella marchaba a la cocina a supervisar la tarea de Matilde, nuestra cocinera. Yo caminaba unos pasos por detrás de Laura y la veía trotar hasta el dormitorio de ellos, que era su lugar favorito para morirse. Entonces se tumbaba en la cama de matrimonio y levantaba el brazo para indicarme con un gesto imperioso que entornase la puerta de la alcoba. Así lo hacía yo, que nunca supe llevarle la contraria, a pesar de que aquel juego me aterraba.

Mi madre me pide por favor que me calle, pero no le hago caso. En lugar de eso le digo que no soportaba mirar a Laurita cuando se quedaba tan quieta, pero no podía hacer otra cosa. Me quedaba junto a la cama, viendo flotar sus rizos negros contra el almohadón de raso, como la cabellera fosilizada de aquella actriz famosa que se tiró al río y salió en todos los periódicos. Cuando mi hermana cerraba sus ojos era como si se apagarán de pronto todas las estrellitas blancas que le brillaban dentro. Laurita parecía más que nunca una muñeca, y me daba miedo mirar sus fosas nasales de adorno, sus largas pestañas disecadas en torno a los párpados, las manitas cruzadas sobre el pecho igual que las de la abuela Silvia cuando aquel hombre flaco de la funeraria nos dijo que podíamos pasar a verla, porque *ya estaba arreglada*. El vestido de seda azul que mamá nos ponía a las dos los domingos dejaba de ser idéntico al mío y se convertía en la tulipa inmóvil de una lamparita. Las piernas de Laura parecían dos palillos enfundadas en sus medias blancas, y terminaban en un par de merceditas de charol negro, muy relucientes y con sus suelas nuevas.

Yo estaba viva y mi hermana Laurita se había muerto. Veo, parada junto a la cama, que la realidad y el juego se mezclaban hasta convertirse en una sola cosa. Yo estaba viva y mi hermana gemela se había muerto. Me sentía culpable de seguir de pie y de temblar como una hoja, con los ojos llenos de lágrimas que apenas podía contener, mientras mi hermana se quedaba quieta para siempre y con los zapatos puestos. Eso era lo peor, sus zapatos nuevos que nunca llegarían a gastarse. Entonces corría hacia el armario, abría la puerta y me escondía dentro. Me quedaba allí encogida mucho rato, hasta que Laurita empezaba a reírse y a saltar sobre el colchón, gritándome que era una sonsa y una cobardica, y yo me picaba y salía hecha una furia cuando no

podía más, con las mejillas rojísimas por la falta de aire.

Ya no estoy enfadada, ahora me río acordándome de mi cara roja como un tomate, de las ruidosas carcajadas de Laurita señalándome, muerta de la risa y dando patadas en la cama de mis padres. Cuando termino de contarle todo esto a mi madre me doy cuenta de que ni siquiera espero ya que me crea. Mamá saca del puño de jersey su pañuelo arrugado y se seca el rastro que las lágrimas han dejado en sus mejillas. Laurita me mira con ojos llenos de rencor. Miro a mamá expectante y ella dice, y sé que me lo dice a mí:

—Cariño, tu hermana está muerta. ¿Entiendes eso?

Pero no le contesto ni que sí ni que no. Miro a Laurita, que ahora saca la lengua y se lleva el dedo a la altura de la sien, dándole vueltas. Me entra la risa. Sí, claro, muerta, qué se sabrá ella.

LA MÁS BELLA DEL BAILE

—Ey, mirad esto.

Juan Diego señala con el dedo índice una de las fotografías de la pantalla del ordenador. Eduardo me pasa el billete de cinco euros enrollado antes de inclinarse hacia delante. Suelta un silbido. Yo termino de meterme la raya tranquilamente y luego miro también.

Chasqueo la lengua. Se me ha quedado medio dormida, con la coca.

—¿Qué os parece? —pregunta Juan Diego.

Los dos sonreímos. Bueno, yo al menos procuro recordar cómo se mueve la cara para hacerlo, pero la mandíbula no me responde. En cambio Eduardo sonrío tan normal. El muy cabrón no ha parado de esnifar desde que hemos llegado al apartamento de Juan Diego, pero apenas se le nota.

—Perfecta, mamón, ya lo sabes. Venga, date prisa, a ver si te da tiempo de comerle la oreja para esta noche.

—¿Lo dudas?

Juan Diego, amantealantigua31, se ha picado. Es el comedor de orejas oficial. Tiene mucha labia y consigue convencerlas a todas en cuestión de minutos. Lleva años acosando a tías en bares, estaciones de tren, ascensores. Hasta alguna clienta de su despacho ha caído. De hecho, no hay nada que le guste más que ligarse a una desconocida en un tiempo récord, por eso se pone manos a la obra y coloca la flecha del ratón sobre el nick de su próxima presa.

Éboli38. Edad: 38 años.

Color del cabello: castaño. Color de los ojos: castaños.

Altura aproximada: entre 1.60-1.70 cm. Peso aproximado: entre 55/60 kg.

Fuma: no. Bebe: no.

Vive: con su perro.

Aficiones/intereses: cine clásico, lectura, naturaleza, otras culturas.

Formación: diplomada.

Trabaja como: bibliotecaria en una residencia de ancianos. Nivel de ingresos: prefiere no decirlo.

Observaciones: soy vegetariana y perdí el ojo izquierdo en un accidente de tráfico.

Busco personas serias, para entablar amistad y compartir aficiones.

Desde la pequeña fotografía situada a la izquierda de la ficha técnica, Éboli38 mira a la cámara con su parche de pirata atravesándole el rostro, esbozando una medio sonrisa torpe, como si pidiera disculpas al fotógrafo por no saber hacerlo mejor. Debe de llevar poco tiempo inscrita en la página de contactos porque se la ve bastante cortada en sus respuestas, pero amantealantigua31 siempre sabe qué hacer en estos casos. *Es tan difícil al principio, contactar con gente nueva, abrirse y ser uno mismo*, escribe el muy cabrón. *Yo busco ampliar mi círculo de amistades, y si surge algo más, bienvenido sea*. Le pregunta a Éboli38 por su película favorita, *Barry Lindon*, escribe ella casi inmediatamente en su letra Garamond de color rojo oscuro, *qué casualidad, a mí también me encanta*, ganando tiempo mientras Eduardo y yo corremos a la habitación de al lado para buscar el título en Google desde otro ordenador. Stanley Kubrick, 1972, *joder, vaya pinta de bodrio que tiene esto*, masculla Juan Diego sin dejar de teclear las nominaciones a los Oscar y otros datos que sacamos de la página de un cinéfilo friki.

Gran fotografía. Magnífica banda sonora. Un O'Neill en estado de gracia.

Media hora después Éboli38 acepta conocer hoy mismo a amantealantigua31, que la invita a cenar en un restaurante del centro, La Galerna, a las 21:00 horas.

A continuación nos bebemos media botella de Cardhu y nos descojonamos vivos vaciando la bolsa de coca sobre la mesa y cortándola con una visa oro. Cuando queremos darnos cuenta son más de las ocho y ya no tenemos tiempo de pasar por casa a ducharnos, así que Juan Diego deja que utilicemos el cuarto de baño pequeño y que cojamos un par de camisas limpias del armario. Eduardo elige una azul clara. Dice que su novia Paloma, que es asesora de imagen, siempre le está comprando camisas azules. *Es el color de los presentadores de telediarios, infunde confianza*, añade

quitándose el polo negro de manga corta delante del espejo del aseo. Es un cuarto muy pequeño para dos tíos, pienso mientras Eduardo se baja la cremallera del pantalón. A él no parece importarle quedarse en bolas delante de mí, pasa desnudo junto a mí y estira la pierna izquierda para meterse en la bañera. Tiene gemelos de futbolista, aunque hace años que no juega.

—A ver qué tal se nos da la tuerca, ¿eh? —sonríe y me mira mientras se enjabona el pecho. Luego abre el grifo y se da la vuelta. Veo cómo el chorro de agua caliente le resbala espalda abajo y decido que voy a afeitarme mientras él termina.

—Qué cabronada para una vegetariana, llevarla a la Galerna —dice elevando la voz, para que yo lo oiga.

Ahora me mira a través del espejo. Lleva el mango de la ducha en la mano y deja que el agua caiga desde su estómago. Estoy a punto de cortarme la cara con una puta maquinilla desechable que he encontrado.

* * *

Echamos a suertes quién se presenta a Éboli³⁸. Yo prefiero que les toque a cualquiera de ellos dos. Se les da mejor meterse en el papel, encontrar una conversación o mirar con interés a la tipa de turno, así que me alegro de quedar eliminado en el primer cara o cruz. Aquella vez con la pastelera gorda fue un desastre, estuve a punto de pifiarla, menos mal que estos llegaron justo entonces y me echaron un cable. Loles¹⁹⁶⁵, se llamaba. Olía a azúcar glasé. Vino directa del obrador, se le notaba todavía en el pelo la marca de la cofia que debía ponerse para trabajar y llevaba un pintalabios rojo guinda que convertía su boca en el absurdo centro de una diana. Loles¹⁹⁶⁵. Lanzo la moneda al aire. Sale cruz. Juan Diego será amantealantigua³¹ y Eduardo hará de Gran Hijo de Puta. Yo debo encargarme de la cámara de fotos. Antes de salir de casa Juan Diego saca la suya de un cajón de la mesilla de noche. Es una Nikon digital del tamaño de un móvil.

—Apunta bien, eh, que tienes que sacarnos guapos.

Eduardo y yo nos pedimos unos whiskys en el bar de enfrente para hacer tiempo. Nos reímos al pensar que cada vez nos quedan menos sitios elegantes, *esto es como ser ladrón de bancos, tío*, dice Eduardo. Luego mira hacia la barra. *Eh, mira esa camarera. Tiene buen culo la piba*. Le pregunto

que cuál de las dos, si la mulata o la rubia. Dice que la rubia, porque las negras no le ponen nada. Yo le digo que las dos parecen extranjeras, que la rubia tiene cara de actriz porno rumana. Eduardo me pide la cámara y en cuanto la camarera rubia se da la espalda, le saca una foto.

Quince minutos después entramos en el restaurante. Pedimos una mesa al encargado. Nos fijamos en que los baños quedan al final de la barra. Justo cuando el camarero nos acompaña por el pasillo, Juan Diego levanta la mano desde una de las mesas de los laterales, pone cara de sorprendido y nos saluda calurosamente:

—Vosotros dos. Pero tíos, cuánto tiempo.

Nos acercamos, fingiendo la misma alegría de viejos compañeros de carrera que hace mucho se perdieron el rastro. Juan Diego nos abraza, antes de girarse hacia la mujer que está sentada frente a él.

—Permitidme que os presente a...

Yo voy bastante pedo, creo que en el otro sitio nos han dado garrafón y llevo las tripas revueltas, así que no me entero del nombre de Éboli38, que se ha levantado como movida por un resorte. Es bastante alta y lleva el pelo recogido en un moño. Me fijo en el parche de terciopelo castaño y en su blusa blanca, cerrada hasta el último botón. Eduardo se adelanta, le dedica una de sus mejores sonrisas y le coge la mano derecha. Se la besa. Me doy cuenta de que está bastante colocado también.

Juan Diego insiste en que nos sentemos con ellos, *pero por favor, si estábamos con el aperitivo, no te importa, verdad*, mirando a la pobre Éboli38, que niega con la cabeza, algo aturdida. El camarero añade a regañadientes dos servicios más. Tiene que llevarse el jarroncito con flores secas del centro para que quepan las copas de vino. Eduardo coge la carta, elige enseguida.

—Tome nota, un entrecot a la pimienta poco hecho. Me ha oído bien, verdad, muy poco hecho, vamos, que casi sangre...

Sonríe mirando a Éboli38, que se queda muy quieta como un animal deslumbrado por los focos de un coche. Yo miro la ensalada de endivias de su plato. Juan Diego pide una botella de Merlot. Cuando el camarero vuelve con ella, le digo que probaré el *magret* de pato.

* * *

Como era de esperar, Éboli38 apenas habla ni prueba bocado. Antes de que el camarero traiga el segundo plato, Juan Diego nos cuenta que se han conocido en una página de contactos esa misma tarde, como si fuera la cosa más natural del mundo. Ella da un respingo en la silla, parpadea un par de veces y da la sensación de que está a punto de levantarse y de salir de allí cuanto antes. Pero no lo hace, ni siquiera cuando Eduardo le pregunta con todo su morro por el parche del ojo. Éboli38 guarda silencio un instante. Coge la servilleta que tiene sobre sus rodillas y la deja caer sobre el mantel, como pidiendo una tregua. Murmura que tuvo un accidente de tráfico, volviendo del trabajo, hace cuatro años.

—Qué lástima, responde Eduardo, antes debías de ser una mujer preciosa.

Desde donde estoy sentado noto su olor a almendras. Tiene un bonito cuello y lleva puestos dos pequeños pendientes de camafeo, la típica joya que una mujer hereda de su madre. Su blusa está recién planchada, resulta evidente que se ha esmerado al arreglarse para la cita de hoy. No pide café. Nosotros sí, tres carajillos de whisky. Juan Diego dice que es una pena no poder guardar un recuerdo de una velada tan agradable. Entonces yo apunto que casualmente llevo encima la cámara digital, porque ya me han abierto dos veces el coche. *Si queréis, os hago una foto*, propongo. Los dos contestan que por supuesto, que qué gran idea, mientras se levantan de las sillas y se colocan junto a Éboli38, uno a cada lado. Juan Diego saca la lengua y finge mirarle las tetas. Eduardo corona su moño alto con un par de cuernos. A ella ni siquiera le da tiempo a reaccionar. Me mira con el rostro paralizado, yo disparo y dejo la cámara junto a mi taza. El camarero se acerca para preguntarnos si deseamos tomar alguna cosa más y Eduardo pide un coñac, antes de levantarse para ir al baño. Juan Diego dice que le acompaña y yo sé que es el momento de soltar la broma de siempre. *Vamos chicos, que no me fío de vosotros, voy también para asegurarme de que no hacéis nada poco honorable.*

Eduardo se tira un pedo espectacular frente al espejo. Unos cercos de sudor manchan la camisa de hombre respetable que le ha prestado Juan Diego. Yo me mojo las sienes, estoy acalorado y empieza a dolerme mucho la cabeza. *Venga, deprisa*, masculla Juan Diego con la mano en el picaporte dorado, *vámonos de aquí*. Salimos como si nada y caminamos hacia la puerta.

Nos alejamos ya de la mesa sobre la que el camarero habrá depositado hace unos instantes una copa de coñac de doce años y la cuenta de la cena. Pero entonces, cuando apenas nos separan unos pocos metros de la calle, es como si alguien me metiera un palo de escoba por el culo. Me quedo petrificado. Recuerdo que he olvidado la Nikon sobre el mantel. Me giro aunque sé que no debería hacerlo. Éboli38 está mirándome desde el fondo de la sala, flanqueada por tres sillas vacías. Después se pone a doblar cuidadosamente la servilleta de hilo.

ME PUEDO HACER VERDAD

I

Antes de matarlo le dije que lo hacía por el bien de ambos. *Somos tan felices, mi amor, que damos asco. Lo nuestro no puede durar, hemos conocido la plenitud absoluta, tú y yo hemos inventado el amor y todo aquello.* Al principio Daniel pareció confuso. Después se sentó cabizbajo en el borde de la cama, y me atrajo hacia su cuerpo. Intenté recordar sin éxito en qué película antigua había visto aquella misma escena, pero no lo conseguí. Estábamos en un hotel precioso de la Costa Azul, eran casi las nueve y acabábamos de volver de un romántico paseo por la orilla del mar, abrazados por la cintura y con los zapatos en la mano. Le acaricié el pelo. *No hace falta que te cambies de ropa. No vamos a bajar a cenar, le dije. Es tu última noche, ha sido tu último paseo por la playa.* Él levantó la cabeza y me miró a través de un mechón rubio. Volvió a sorprenderme el brillo mineral de sus ojos azul cobalto. Qué guapo estaba, a la luz del atardecer.

—¿Cómo vas a hacerlo? —musitó.

Le expliqué lo del veneno disuelto en el vaso de leche que un rato después mandaría subir al servicio de habitaciones, quitándole importancia a la mala prensa de la cicuta. Apenas iba a sentir nada, si acaso un ligero sabor algo amargo durante un instante. *La semilla resulta un tanto fétida, pero la flor espolvoreada no, le aseguré. Tranquilo, amor, dije, la he probado primero con Baraka, y te aseguro que se quedó dormido junto al fuego de la chimenea y se fue al cielo de los pavosreales muy dulcemente.* A continuación le describí los pétalos blancos y pequeños, su gusto extraño, que

según los tratados de botánica, no llegaba a resultar desagradable. *Notarás que se te va durmiendo la lengua, más tarde el paladar, o tal vez ni siquiera te dé tiempo, porque primero te adormece y luego paraliza, una a una, cada función del cuerpo. Después te quedarás tumbado aquí, junto a las olas, y todo habrá acabado. Yo cogeré el primer expreso a Lisboa, allí cambiaré de identidad. Siempre me han gustado las pelucas y los nombres inventados. Empezaré de nuevo y nunca, le juré, arrodillándome a su lado, volveré a Niza, ni a matar a nadie que no seas tú.*

Él me acarició la mejilla. Yo sollocé bajito. Entonces Daniel me apartó de su cuerpo, me miró muy serio y pronunció una de las frases de su repertorio shakespiriano:

—Y el resto es solo silencio.

Volví a abrazarlo. Cerré los ojos, como si pensara que alguien apostado en la terraza de la habitación nos estaba filmando.

II

Yo me aburría mortalmente hasta que él apareció. Tenía una casa enorme llena de corredores y doncellas que caminaban por el pasillo en ambas direcciones, dando saltitos de bailarina e intentando sortear los uniformes abullonados de las que venían en sentido contrario. Nuestra vieja ama de llaves, Madame Brigitte, las obligaba el primer día de servicio a bordar sus nombres en el delantal, para poder leerlo a través de sus monstruosas lentes de aumento y no confundirse al reprenderlas. Yo tenía también un marido viejo, Sebastian Wilson, que antes había sido viejo amigo de mi padre. Creo que para cuando Daniel llegó a mi vida mi marido me odiaba tanto como una vez me había adorado, porque era consciente de que no iba a poder llevarme con él en su ataúd, como a una de sus pipas predilectas. Yo tenía, aún, una hermosura dolorosa, que me hacía romper a temporadas todos los espejos que me salían al paso, y cortar a jirones mis cabellos con las tijeras del jardinero, o acoger por unas horas en mi cama a alguno de los jóvenes que ayudaban en caballerizas. Me aterraba la idea de encariñarme con ellos y con el olor a cuero oscuro y tabaco de sus botas. Por eso ordenaba que fueran despedidos

sin falta, a la mañana siguiente.

No hay en el mundo nada tan peligroso como una mujer a la que *nunca le sucede nada*, sentencié asomándome al ventanal de mi alcoba, la noche en que se celebraba la fiesta de mi vigesimoséptimo cumpleaños. Me estremecí en el interior de mi kimono de seda y conté con amargura las estatuas de césped ideadas para la ocasión por Fu Xian Ling, nuestro jardinero japonés. Había una jirafa, mirando con tristeza al horizonte y haciéndole compañía a una sirena sin rostro, ocupada en desenredar con un peine de concha sus largos cabellos de algas. Había una mariposa gigante con sus temibles alas extendidas, como una amenaza, cortándole el paso a un jinete con cimera de plumas que intentaba dominar a su encabritado caballo. Había, también, una solitaria mujer de hierba, vestida con una bata de seda china, que parecía observar aburrída, desde la vereda, lo que sucedía en uno de los pisos altos, al otro lado de una ventana del ala norte.

Me aparté del cristal, malhumorada. Aquella noche estaba muy irritable porque me dolía la muñeca. *Es una tendinitis severa*, había vaticinado por la mañana Mr. Gregory Town, el médico de la familia, tras examinar circunspecto la palma de mi mano extendida, como una pitonisa de Montmartre. No me extrañó en absoluto. En los días previos a la fiesta había tenido que garabatear mi firma en el papel maché color luna llena de trescientas doce estúpidas invitaciones, todo por culpa de Sebastian, pensé, sentándome ante el espejo, que disfrutaba tanto del hecho de que yo también fuera haciéndome vieja. Y entonces, como si me bastara pensar en él para conjurarlo, mi marido había irrumpido en la estancia enfundado en un horrible frac de color uva, mirándome a través del espejo del tocador antes de depositar un falso beso en mi frente. Ambos nos contemplamos con inquina en la superficie lisa de estaño, y durante un instante me dio la sensación de que ya estábamos muertos y que de nosotros solo quedaba aquel retrato de marco dorado. Un cuadro viejo, arrumbado en cualquier desván, donde aparecían, deslucidos por el tono sepia del tiempo, un fauno peinado con raya en medio y sus bigotes puntiagudos teñidos con pez, de pie junto a la butaca donde una ninfa en bata rosa y con el cabello cortado a lo *garçon* esperaba sentada, con ojos de desencanto, el fin de su juventud.

Decidí romper aquel sortilegio devolviéndole la vida al espejo. Tomé la borla del frasco de cristal y comencé a empolvar con furia mis mejillas,

jurándome a mí misma que, cuando llegara el momento, mandaría amortajar a mi esposo con ese traje, porque no se me ocurría un castigo más atroz que afrontar el paso de toda una eternidad vestido así. Los polvos de arroz le provocaron un violento estornudo a Sebastian, que se apartó de mi lado en dirección a la puerta, al tiempo que consultaba su leontina de oro. *Apresúrate, nenita. Te espero abajo, están llegando los primeros invitados y tengo una gran sorpresa para ti*, me dijo con su voz arrugada, sin reparar en mi gesto de asco.

Aquella noche recibí a trescientos once invitados en el umbral del salón dorado y agradecí, como una muñeca de cuerda, sus trescientos once obsequios. Al parecer, la invitada número trescientos doce, una rica viuda, amiga de la infancia de Sebastian, había muerto de repente aquella misma tarde mientras dormía la siesta, y su mayordomo acababa de llamar para excusar su asistencia. Sebastian quedó consternado al conocer la noticia. Toda su alegría de viejo sátiro se evaporó de pronto y el ridículo color de traje se fue oscureciendo por momentos, hasta alcanzar a la hora de los postres un inquietante tono corintio. La difunta había sido en sus años jóvenes pareja de tenis de Sebastian, en los torneos que organizaba el club de campo, por eso mi marido apenas se molestó en dirigirme la palabra en toda la noche, sumido como estaba en la contemplación de aquella muerte tan cercana, que parecía señalarle con el dedo, indicándole que él podía ser el próximo sorprendido en la dulce hora de la sobremesa. Después de un brindis fugaz y poco convencido a mi salud, me indicó en un susurro que se sentía indispuerto y que si no tenía inconveniente le acompañara ya a las cuadras, porque deseaba entregarme aquella *gran sorpresa* de la que me había hablado, antes de batirse en retirada a su alcoba.

—*Ahí tienes a Baraka, querida mía, recién importado de Siam*, me había dicho, ante las caballerizas. Muchos de los invitados nos habían seguido hasta allí y Sebastian alzaba la voz para que oyeran bien sus palabras. *Espero que os convirtáis en buenos amigos. Buenas noches.*

Después se alejó en dirección a la casa y todos permanecimos quietos y un poco aburridos, a la espera de escuchar el relincho nervioso de un caballo, tal vez un potro joven traído de tan lejos, cubierto quizás de un exótico pelaje blanco o con un solo ojo en medio de la frente. Y fue entonces cuando un enorme pavo real asomó su cabeza de gallina crestada desde el interior de las

caballerizas y me dirigió una mirada suspicaz, seguida de una serie de graznidos que sonaron como un reproche. Me quedé paralizada por el pánico. Sentía un miedo cerval hacia esos animales a medias pájaro, a medias árbol de Navidad desde la primera vez que descubrí a uno de ellos, siendo muy niña, observándome, hostil y presuntuoso, al otro lado de las rejas de una jaula del zoológico de Buenos Aires. Por eso no pude contenerme y al borde del ataque de histeria grité al mozo que lo llevaba sujeto con una trailla de metal que lo encerrara de prisa. Los presuntos amigos de Sebastian se apartaron de mí a cierta velocidad, cuchicheando acerca del deplorable estado de mis nervios mientras se dirigían a la biblioteca y el salón de juegos, en busca de la bandeja de los licores y los cigarrillos cubanos de mi esposo.

Yo permanecí inmóvil en medio del patio de cuerdas, hasta que el jardín se quedó callado. No le oí llegar, pero de pronto, a mis espaldas, pude escuchar su voz, por primera vez:

—¿Te has fijado en sus pies? Eran horribles. Si los miras de nuevo no podrás parar de reír en un buen rato y nunca más sentirás miedo de ese bicho presumido.

Me volví sobresaltada. Apenas a dos pasos estaba aquel desconocido insolente, rubio y vestido de blanco de la cabeza a los pies. Me recordó casi de inmediato al actor inglés que había visto dos o tres años atrás interpretando el Hamlet en el escenario ovalado del teatro Apolo de Nueva York, solo que el extraño visitante parecía, si acaso, unos centímetros más alto. Durante aquella velada había sido incapaz de hacer otra cosa que no fuera seguir con los ojos los movimientos del galán con melena de ángel que caminaba sobre las tablas con una calavera entre las manos y un ajustado jubón de terciopelo negro ciñéndole el pecho. Sebastian dormitaba en la butaca de al lado y yo estaba tan absorta en la belleza del atormentado príncipe danés que ni siquiera pude recordar a la salida del palco en qué idioma se había desarrollado la representación. Agité la cabeza para desprenderme de aquellos recuerdos y sin mucha convicción le pregunté al intruso quién era, y qué le había llevado a entrar en una propiedad privada, en medio de la noche.

Él se limitó a encoger los hombros.

—Soy el invitado número trescientos trece, dijo con toda serenidad, estoy aquí porque he recibido esto.

Y llevándose la mano al bolsillo izquierdo del pantalón extrajo una inconfundible cartulina de color amarillo pálido. La recogí con manos temblorosas. Allí estaba mi firma, estampada con sumo cuidado en el margen inferior derecho de la invitación.

III

Aquella noche hicimos el amor sobre la mesa de madera del invernadero, rodeado de orquídeas negras y helechos complacidos. Después nos bañamos en el agua verdosa del lago y rompimos a pedradas uno de los cristales de la puerta de la cocina, para poder entrar a coger dos botellas de vino de la bodega. Me divertí hacerlo, sabiendo que poseía una copia de la llave de cada zona de la casa. Nos presentamos. *Me llamo Daniel*, dijo, y cerré los ojos porque imaginé toda una vida pronunciando ese nombre a media voz. La luz de la amanecida nos persiguió hasta el parque de abedules, medio abandonado desde que los ataques crónicos de gota le impidieron a Sebastian organizar las partidas de caza del zorro de antaño. Los primeros rayos nos encontraron desnudos sobre un lecho de hojarasca, mirando al cielo azul jacinto a través de las copas de los árboles como si fuéramos los cadáveres de Adán y Eva en un lienzo prerrafaelita.

—¿Qué piensas? —le dije tomando del suelo mi vestido de hilo de plata.

—Tengo miedo de tu miedo —contestó, girándose hacia mí, con una sonrisa triste en sus labios de Romeo.

—Hablas como Shakespeare.

—Sí. Es porque tú lo quieres así.

Nos despedimos en la vereda del jardín. Tuve que alzarme de puntillas para besarle en los labios por última vez y deseé poder quedarme para siempre así, abrazada a su cuerpo, convertida en una estatua de hierba como la silueta verde de mujer que nos vigilaba envidiosa, varada en la orilla del camino.

Madame Brigitte me abrió la puerta principal antes de que pudiera reunir mis últimas fuerzas para empujarla.

—Han salido a buscarla los hombres —me espetó con una voz que sonó

como a hojas secas pisoteadas por un ejército de botas—. El señor Sebastian ha muerto durante la noche.

IV

El vaso de leche brillaba como iluminado desde adentro sobre la bandeja de plata que una camarera de expresión melancólica había depositado minutos antes en el centro exacto de la mesa redonda de nuestra *suite*. El vaso, la bandeja, la mesa, formaban esferas cada vez más amplias, como oes sorprendidas en el agua de un estanque, y las flores blancas, mutiladas, caían en su interior, confundándose con la leche. Daniel observaba en silencio aquellos círculos concéntricos, mientras yo espolvoreaba todos los pétalos de cicuta que el doctor Town me había recetado como analgésico, repitiendo una y otra vez que debía calcular cada dosis que necesitara, porque un error de medida podía resultar letal.

Daniel me miró y por un momento vi el rostro del mismo joven que apareció de pronto, una noche de siete años atrás, en el jardín de la mansión de mi difunto marido. Había ido a buscarlo al parque de abedules la misma tarde del funeral de Sebastian, vestida aún con el rígido traje negro que había llevado al entierro. Estaba segura de que iba a encontrarlo allí donde le hallé, recostado en uno de los troncos nudosos como un príncipe del bosque en su trono, esperándome. Quise explicarle entonces, decirle que ya era libre, pero selló mis labios con sus dedos y sonrió.

—Lo sé todo, mi amor —susurró al abrazarme—. El pasado es un prólogo.

Siguió, entonces, un tiempo de cerezas, en que jugamos a buscarnos por las habitaciones, descubriendo pasadizos secretos a cada rato. Nos reíamos de los libros huecos de la falsa biblioteca y una vez le hube perdido el miedo a Baraka le permitimos acompañaros al interior de la mansión y que durmiera al pie de nuestra cama. Daniel me descubrió que los pavos reales son animales tímidos en realidad, y que caminar les resulta muy complicado, no solo por el pesado abanico lleno de ojos calidoscópicos que cargan a sus espaldas, sino por el gigantesco tamaño de sus pies, arrugados y negruzcos

como los de un animal prehistórico. Baraka se quedaba parado ante la puerta principal, agitando sus plumas atornasoladas a modo de despedida cuando nos aburríamos de la mansión y decidíamos viajar con lo puesto a alguna ciudad, elegida al azar en el mapa de un atlas del siglo xviii que habíamos encontrado abierto sobre el escritorio de caoba de Sebastian. Muchas veces jugamos a ser mendigos en estaciones europeas de metro. Yo fingía que no tenía brazos y silbaba de rodillas Eleanor Rigby para ganarme el favor de los viajeros, hasta que conseguíamos el dinero suficiente para comprar pan y café, y a la vista de todo el mundo se producía el milagro. Me ponía en pie mientras Daniel recogía el sombrero negro lleno de pequeñas monedas relucientes y dejaba que un par de brazos esbeltos me crecieran a ambos lados del cuerpo, como dos alas blancas.

Parecía que nos habían regalado un mundo de estreno, por eso tropezábamos sin parar con los ancianos y los niños y los globos de cartón piedra que nos salían al paso en plazas de París, Oslo o Barcelona. Con cierta frecuencia nos encontrábamos bajo la mesa presidencial de un banquete de bodas con una botella de champán y un buen trozo de tarta, para observar divertidos desde nuestra tienda india cómo las parejas de piernas se buscaban entre los flecos del mantel. A veces mirábamos a los recién casados abrir el baile en el centro del salón nupcial y nos apiadábamos de la pobre novia, porque bastaba mirar su semblante de alma en pena, para saber que nunca podría ser feliz junto a aquel marido envarado, que danzaba tan rígido como si debiera sostener en lo alto de su cabeza un nido de cigüeñas. Dormíamos en la playa, si la había, y jugábamos a encontrar el ojo de un rinoceronte pintado por Durero en las conchas que encontrábamos en la arena.

Quién podía adivinar entonces lo que habría de suceder, unos pocos años después. Que un día ya no me divertiría maquillar sus ojos azul lobelia mientras él dormía con la cabeza apoyada en mi regazo, ni que me mirara como un buen perro al despertar. Comenzó a fastidiarme que su rostro no envejeciera y el mío sí, que el *maître* del Ritz lo confundiera con mi hermano menor, que soltara todos aquellos párrafos robados de obras de Shakespeare sin venir a cuento. Decidí matarlo de una vez por todas y acabar con el sufrimiento de los dos, cuando aún el recuerdo del vino y las rosas me permitía apiadarme de él.

Daniel levantó el vaso y se lo llevó a los labios lentamente. Cerró los ojos

y bebió sin desfallecer, como lo hubiera hecho Hamlet, mi valiente príncipe de Dinamarca, si así se lo hubiera ordenado el espectro de su padre. Lo acompañé hasta la cama y le ayudé a tumbarse. Con los ojos velados por una neblina somnolienta pronunció sus últimas palabras:

—El perdón cae como lluvia suave desde el cielo a la tierra. Es dos veces bendito, amada, porque bendice a quien lo da y a quien lo recibe.

El párrafo de despedida resultó un poco largo para mi gusto, y bastante cursi, teniendo en cuenta quién era su autor. Pero perdoné a Daniel de corazón en cuanto los párpados ocultaron sus pupilas y todo él comenzó a desdibujarse, como un sueño, tumbado sobre la cama de la *suite* más espaciosa de aquel hotel de la Rive Gauche.